

PEDRO GROIZARD

CUENTOS Y LEYENDAS

— SUMARIO —

Las tres fortunas. — La mariposa blanca.
La locura de los cuerdos. — La acacia de los amantes.
El genio y el mundo. — La gruta de la verdad.
El avaro D. Dimas. — Los dos extremos.
Un traje decente. — El drama del subterráneo.
La ciudad de los sabios. — De general á soldado.
El Dr. Jacobo. — El conde del Juramento.
Historia de las gotas de rocío.
Las lágrimas de la ausencia. — Aventuras
de un bohemio.

PRECIO 6 REALES

MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE TEODORO

calle de Atocha, núm. 30

1881

COMPTON Y LEYBANDS

ADVERTENCIA
Este libro es propiedad de la Biblioteca Nacional de Chile y no puede ser prestado ni vendido sin el consentimiento expreso de la Biblioteca Nacional de Chile.

Á MI QUERIDO TIO ALEJANDRO

*como muestra de mi reconocimiento
a sus beneficios*

PEDRO GROIZARD

PROLOGO

Los saludables consejos que debo á un conocido literato (1) infundieron en mi alma el amor á un género de literatura que, aunque está muy descuidado en nuestra patria, ha sabido colocar á la altura de los primeros escritores los nombres de los que le cultivaron.

El cuento, que en Alemania, Dinamarca, Inglaterra y en todos los países del Norte que viven envueltos en la gasa de las nieblas ha sido primorosamente cultivado, se encuentra en España dado al olvido por los que con más acierto se dedican al estudio de las bellas letras.

Y no será ciertamente porque en nuestras pintorescas comarcas no ocupen los cuentos la principal atención, ni porque el movimiento revolucionario ope-

(1) D. Manuel Ossorio y Bernard, que unía, al enseñarme, el cariño del padre con el rigor del maestro.

rado en la literatura los rechace, ni porque la estética los abandone, ni porque sus bellezas sean poco ostensibles y marcadas; tengo para mí que la decadencia que en nuestra patria se observa respecto de tan principal género de literatura obedece sencillamente á la perniciosa costumbre que nos domina de aportar de Francia todo aquello que la moda acoge; aunque no sea lo más útil, provechoso ó bello.

Es el cuento el género más universal de la literatura. Pueblos existen que desconocen la dramática; pero seguramente no dejarán de presentarnos alguno que desde sus primitivas edades no adoptase la narración, la tradición, la leyenda ó el cuento como medio de deleitar el alma ó de llevar á ella profundas verdades de la filosofía, de la religión y de la moral, ó como manera de entusiasmar á sus hijos con el relato de maravillosas aventuras de legendarios héroes.

A veces el sencillo ropaje del cuento ha servido para cobijar seres gigantes, que por su grandeza extraordinaria no han cabido en los límites de la historia. Pelayo, el Cid, Pedro I de Castilla y otros mil nombres que alimentan la tradición, confirmarán la verdad de mi aserto.

La antigüedad de este género de literatura es, á no dudarlo, la misma que la que alcanza la humanidad. Los primeros pobladores del mundo se valían del cuento para explicar la creación y los misterios de la naturaleza.

La India y todos los principales pueblos del Oriente han tenido en grande estima los cuentos, y buena prueba de ello son las magníficas colecciones que de cuentos nos legaron, tituladas *Pantchatautra*, *Pantcha-Pakyana*, y especialmente las conocidas de todos bajo los nombres de *Las mil y una noches* y *Los mil y un días*.

¡Oh! si nosotros, como los hermanos Grimm en Alemania, pudiéramos recoger de los labios de los campesinos esas sencillas pero valiosas joyas que las generaciones se transmiten, fuentes de moralidad, de sabiduría y de belleza, seguramente nuestras colecciones podrían ponerse á la altura de las alemanas y francesas.

El sencillo cuento es indudablemente el padre de la novela, que es en nuestros días el género de literatura preferido.

India, China, Grecia y Roma desconocieron la novela.

La primitiva forma de ella denuncia su origen: el cuento.

Yo envidio á los árabes por los suyos. Los orientales, ricos de imaginación, son indudablemente los que con más acierto los cultivaron. Y en verdad que aquellos palacios de ligeras y airosas columnas, que abrazan arcos de delicadas molduras que podrían tomarse por encajes; aquellas brisas del desierto que traen en sus alas los besos de las palmeras que se inclinan hasta el

suelo, y aquellas noches serenas y trasparentes, convidan y alientan á la imaginacion, prestándola rosadas alas para emprender inverosímiles viajes á venturosas regiones pobladas de encanto y poesía. Por eso el árabe sueña deliciosos jardines llenos de cristalinas fuentes y encantadoras húrtes que intervienen en sus fábulas, saturándolas de belleza y deleite.

Y lo mismo que el hijo de Mahoma, envuelto en las nubes de humo que exhalan ricos pebeteros llenos de perfumes arrobadores, concibe esas encantadoras narraciones, allá, en las sombrías regiones del Norte, patria de los mantenedores de las glorias de la civilizacion y del progreso, se remontan tambien á pasadas edades, y buscan en ellas y en sus patriarcales costumbres encantos con qué recrear su ánimo melancólico.

Andersen, el gran narrador danes conocido por todo el mundo, es quizás el que con más fortuna ha recorrido tan hermoso campo, cuyos límites son desconocidos.

Dickens, tan sencillo en la forma como profundo pensador, consagraba á los cuentos sus mejores ideas, y adquiría con ellos sus principales triunfos.

Ereckmann-Chatrian ha conseguido una reputacion universal con sus narraciones, que son buscadas por todas las personas de buen gusto.

Walter-Scott es admirado por sus baladas y cuentos, llenos de recuerdos de pasados tiempos que, evocados por su imaginacion grandiosa, surgen del olvido.

Edgard Poe, con sus aventuras maravillosas, ha adquirido popularidad envidiable, y sus cuentos forman el principal florón de su corona literaria.

Los hermanos Grimm recogieron en vida grandes aplausos, y sus nombres serán siempre pronunciados con respeto.

Musset consagró á los cuentos gran importancia y escribió una coleccion notable de ellos.

Balzac mostró que la profundidad del pensamiento puede expresarse bajo sencillas formas.

Pierault ha entretenido con sus cuentos á toda la Francia, consiguiendo ser admirado por ella.

Y en nuestra patria, Trueba, Fernan-Caballero, Ossorio y Bernard, Fernandez Bremon y otros muchos que sería prolijo enumerar, han labrado su reputacion con los cuentos, á pesar de encontrarse tan descuidado este género, pues muchas tradiciones duermen el sueño del olvido sin que nadie ose despertarlas.

¿Quereis conocer el carácter de un pueblo? Pues escuchad de sus labios sus cuentos y sus tradiciones.

La favorable acogida que el público y la prensa han otorgado á mi primera obra, *Cuentos para niños*, me ha dado alientos para escribir esta segunda parte.

Yo espero, quizá con sobrada confianza, que seguirán dispensándome el mismo favor.

PEDRO GROIZARD.

LA MARIPOSA BLANCA

(CUENTO DE MI MADRE)

LA MARIPOSA BLANCA

(CUENTO DE MI MADRE)

I

Yo era entonces un pequeñuelo.

Mi cariñosa madre complacía todos mis caprichos infantiles, y de cuando en cuando posaba sus labios en mi frente, apartando de ella los dorados bucles que formaban mis cabellos.

¡Cuántas veces me adormecía en su regazo, fatigado de mis juegos de niño! ¡Con cuánto placer dejaba mis inocentes diversiones para ir á refugiarme en el seno de mi pobre madre!

Allá en mi pequeña aldea, donde el cielo límpido se prolonga indefinidamente ante nuestros ojos, sin que los tejados de las vecinas casas le limiten y donde el aura del bosque besa cariñosamente á los prados, llevando en sus alas mil cuentos misteriosos que aprendieron de las aves, se deslizaba mi infancia con la dul-

ce tranquilidad que constituye la más preciada de las fortunas: la fortuna de la inocencia.

¡Oh días felices de mi niñez! ¡Vosotros fuisteis testigos de mi felicidad y bienestar, y me abandonásteis para siempre, como más tarde habían de abandonarme todas las ilusiones que vistieron mi alma de rosa y oro, dejándome en el corazón la hiel del recuerdo!

II

Yo contemplaba á mi madre con ese cariñoso afán que engendran á un tiempo la amistad y el respeto.

Mi madre se miraba en mis ojos, reflejando en los suyos la felicidad que sólo puede expresarse con estas palabras: felicidad de madre.

La insistencia de sus miradas y de sus sonrisas me hubiera hecho pensar en la felicidad eterna, si entonces mi corazón no viviera ignorante de la existencia del eterno infortunio:

Mi madre me decía:

— Quiero grabar en tus pupilas mi sonrisa.

Y anhelando conseguir sus deseos, logró inculcar toda su alma en la mía, sin que yo perdiera nada porque los propósitos de mi madre no se realizaran; pues las sonrisas grabadas en mis pupilas estaban condena-

das á ser borradas por las lágrimas que en esta vida habían de derramar.

De una de las matas de flores del jardín donde estaba con mi madre salió una mariposa que se columpió en el espacio.

Yo entonces aparté la vista de la autora de mis días y la dirigí á la mariposa que revoloteaba á mi alrededor.

Tal era la tenacidad de mi mirada, que parecía que intentaba fascinar al insecto alado con el propósito de paralizarle para poder contémpplarle á mi gusto.

Pero mis débiles miradas no conseguían su inverosímil objeto y, poco después, la mariposa blanca que salió de la mata de flores desapareció de mi vista, surcando el aire en variadas direcciones y describiendo infinitas curvas.

¡Quién pudiera leer lo que las mariposas van escribiendo por el aire! ¡Quién pudiera descifrar esos misteriosos jeroglíficos, que encierran quizá la solución de nuestros destinos!...

La curiosidad de niño me obligó á preguntar á mi madre por la mariposa que había cruzado ante mis ojos. Mi madre sabía la avidez con que yo escuchaba los cuentos que brotaban de su alma para complacer á su hijo, cuentos llenos de la ternura maternal y de los encantos de los poetas, y que no había aprendido de Andersen ni de *Las mil y una noches*.

Por eso, sin duda, me refirió el cuento de la mariposa blanca.

III

En la orilla de un arroyo que cruzaba un bosque, había una florecilla que inclinó su tallo para poder contemplar en las aguas su delicada blancura.

Y vivía feliz porque el sol la besaba todos los días, el rocío la llenaba de frescura, el aura de armonías, el ruiseñor de cadencias, y porque el arroyo constantemente murmuraba á su lado los más encantadores cuentos....

Un día, un pájaro de pintado plumaje se paró junto á ella; pero pronto alzó su vuelo, murmurando lleno de alegría estas palabras:

— ¡Qué hermoso es ser libre y poder visitar los bosques y los prados y ver otros horizontes!....

¡Desgraciado de aquel que haya de permanecer clavado en un sitio, teniendo ante sí las mismas cosas en eterna duracion!....

Y volando, volando, se alejó del bosque.

La florecilla blanca, desde aquel día no fué feliz. Pensaba amargamente en las palabras del pájaro de plumas de seda, y no encontraba placer con los besos del sol, frescura con el rocío, armonías ni cadencias con las auras y ruiseñores, ni encanto en los preciosos cuentos que murmuraba el río....

Ella quería ser libre, quería verse sin raíces que la sujetaran á la tierra, y por más que hacía esfuerzos para lograr sus deseos, no podía conseguirlo....

Las flores, como los hombres, no logran por sí solas la felicidad.

Esta verdad que ignoran muchos hombres, la sabía perfectamente la florecilla blanca que crecía cerca del arroyo.

Así es que se dirigió al cielo, y ensalzó y bendijo la gloria de Dios....

Sus frases de perfumes llegaron hasta el Hacedor, que, compadecido de las desdichas de la florecilla blanca, consintió que ésta se despojara de sus raíces y fuese libre.

Al primer beso del sol del otro día estremeció la flor sus hojas y se asombró de verse suspendida en el espacio, por el cual ascendía á medida que sus pétalos temblaban de placer.

La última gota de rocío se convirtió en una perla que fué á adornar sus hojas. Las chispas de oro que pueblan el universo se posaron en ellas, y la flor blanca sintió que sus pétalos tomaban otra forma, sin que encontrara explicacion á su metamorfosis hasta que un pájaro, que pasó por su lado, exclamó:

— ¡Qué mariposa tan bella!.. — ¡Qué alas más hermosas tiene!....

Y á medida que la flor blanca, convertida en mariposa, se elevaba en el espacio, se sentía más feliz.

¿Era porque se acercaba al cielo, ó porque se alejaba de la tierra?....

Por eso subió y subió, acumulando en el camino sobre sus alas la luz del día, hasta que, por fin, se encontró en el lugar de la suprema dicha.

Allí se paró á gozar de ella y elevó á su Criador un himno de gracias.

Dios, entónces, posó en ella su mirada.

Y ahora, cuando el sol se oculta, la flor convertida en mariposa revolotea por el espacio, llevando en sus alas la luz de la mirada de Dios.....

Los niños, cuando la ven, exclaman :

— ¡Qué estrella más preciosa!

Y se quedan contemplando su pálida claridad, y la siguen con la vista cuando revolotea por el espacio.....

IV

Cuando mi madre terminó la historia, yo me quedé pensando en ella con los ojos cerrados.

Me figuraba que yo también llegaría á la mansion de la felicidad, concluyendo por quedarme dormido.

A la caída de la tarde sentí unos labios en mi frente y el rumor de un beso en mi oído.

¡Era mi madre que me despertaba!

¡Qué dulce manera la de despertar con un beso!

Al dirigir la mirada á la mata de flores de donde

salió la mariposa blanca, otra negra y grande abandonaba las hojas del arbusto.

Yo me asusté, y rogué á mi madre que me contara la historia de la mariposa negra; pero ella, con la triste amargura de la verdad, me abrazó fuertemente, diciendo :

— ¡Hijo mio, ya aprenderás esa historia!....

V

Mi madre murió al poco tiempo, cuando aún no se había quitado el luto por su esposo. Yo me quedé pequeño y huérfano, y desde entónces no se aparta de mi vista la mariposa negra, cuya triste historia podría confundirse con la historia de mi corta vida.

LAS TRES FORTUNAS

I

Allá en las calurosas regiones del Africa, donde los rayos del sol tuestan el arenoso suelo que se extiende ante la vista, sin que ningun arbusto rompa la monotonía del árido paisaje, hay en la margen de un arroyuelo una mezquita, blanca como el armiño, que parece que se está bañando en las aguas cristalinas que lamen sus muros.

En ella habita un santón de luengos bigotes y poblada barba, que consume su vida recitando los sagrados versículos del *Koran* y pidiendo al cielo perdón para los pecados de los hombres.

Pocos de entre los de su clase gozan de la fama que el sabio santón posee, y los buenos mahometanos creen de buena fe que de ningunos labios musulmanes oye el Profeta con más deleite las súplicas que aquellas que el santón le dirige.

Por eso la mezquita blanca está siempre invadida por los hijos de Alá, que llegan de remotas regiones á dirigir á Dios sus preces por medio del santo habitante de la solitaria ermita.

II

La brisa cálida del desierto dormía tranquilamente una noche de verano.

Las estrellas brillaban en el ancho dosel del mundo

La luna sonreía á la tierra.

El santón pronunciaba ya las postreras oraciones, cuando á la puerta de su casa resonaron dos golpes que le distrajeran en su devoción.

— ¡Adelante, hermano! — exclamó con voz cariñosa.

Ante su vista se presentó un anciano de respetable aspecto.

Descubierta tenía la venerable cabeza, y la vista clavada en el suelo.

Su actitud mostraba sumisión extremada.

— Guiado por la fama, — dijo el recién llegado al santón, — guiado por la fama de vuestras virtudes y sabiduría, he venido á molestaros en vuestras meditaciones. Disimulad, señor, á este pobre viejo que de vuestros consuelos necesita.

— Hablad, hermano, y no reparéis en contarme

vuestras penas, que en mis oraciones no os olvidaré, y Alá os atenderá y mitigará vuestros pesares.

III

— Tenía yo, señor, tres hijos, á quienes quería con toda mi alma; los escasos bienes que la fortuna me depa-
ró fueron invertidos en la esmerada educación que procuré darles.

Y de ésta no estoy descontento.

La fe del Profeta está grabada en sus corazones. Sus brazos son fuertes para defenderla, y sus ideas, creo, señor, que ningún mal causarán á los hombres.

Pero, á medida que mi ancianidad se acentuaba y sus cuerpos se fortalecían, nuestra fortuna iba extinguiéndose de una manera perentoria.

Pronto mis graneros mostraban su fondo y nuestra miseria.

El mayor de mis hijos me habló un día de esta manera:

— Padre mio, vos habeis cumplido con los debéres que la religion y la conciencia señalan á los buenos padres; permitidme que yo cumpla con los que vuestra ley me indica para con vos.

Aquel mismo día me dió un abrazo y se fué á buscar fortuna.

Nuestras lágrimas enternecieron á sus hermanos.

Aun la luna no nos había presentado toda su faz, cuando el mediano se alejaba de mí.

El pequeño le siguió al poco tiempo.

Mi desventura fué grande, y grande también mi esperanza.

Pero el tiempo corría, y las ilusiones iban extinguiéndose en mi pecho, dejando su lugar á los desengaños.

Cansado de esperar, vengo á vos, señor, para dirigir á Alá mis preces.

Confío en que oirá vuestras voces.

IV

El santón guardó profundo silencio.

Después de un rato de meditación, exclamó:

— Seguidme, hermano, y veremos lo que de vuestros hijos es.

Y salieron de la mezquita y se sentaron á la margen del arroyo.

— ¿Veis aquella polvareda que en el camino se levanta? — preguntó el santón al anciano, señalando con su diestra la línea del camino. — Pues por allí vienen vuestros hijos. Esperemos.

Los dos ancianos elevaban al cielo sus oraciones.

V

— Yo, padre, traigo á vuestros pies inmensos tesoros. Ni piedras preciosas me faltan para adornar vuestro cuerpo, ni dinero para colmaros de comodidades, — dijo el mayor á su padre, mostrándole las riquezas de que era dueño.

Ni fatigas ni trabajos me ha costado adquirir lo que poseo, — añadió. — Al ausentarme de vuestro lado, me dirigí por un camino lleno de asperezas; debí apartarme de él, siguiendo los consejos de los que me querían; pero mi voluntad no conoció reparos, y á poco que por él anduve me encontré con un barranco.

Su fondo era inundo y negro; pero detrás de sus impuras aguas se traslucían muchos talegos de oro y de preciosas piedras.

No vacilé un instante, y aquellas soñadas riquezas, que sólo mi ambición pudo apreciar, fueron mías á poca costa.

Pero ¡ay! desde entonces, un profundo dolor se aposentó en mi alma para no separarse jamás de ella.

No respiré con la satisfacción del que se ve libre de las fatigas que le costaron su bienestar, porque no tuve trabajo alguno que vencer.

Tampoco he encontrado, padre, en mis riquezas la felicidad soñada.

En cambio, ¡ay de mí! al meter la mano en el lodo de donde saqué mis cuantiosos bienes, la piel de ella tiñóse de negro, sin que todos mis esfuerzos hayan vuelto al cútis su primitivo color.

Un día intenté quitar el pellejo de mi mano negra; pero el que vino á reemplazarle apareció más negro.

Viendo, padre, aquella mano, me parecía contemplar el alma de un malvado, que aparece más ruin y miserable cuando más se intenta disculparla.

El estado de mi mano me llena de pena y desconsuelo.

Cuando me alejé el otro día de la ciudad cercana, uno de los curiosos que veían desfilar ante sus ojos mis camellos cargados de riquezas, preguntó asombrado:

— ¿Quién es este poderoso señor?

Y oí que le respondían con desprecio:

— ¡El de la mano negra!

Y en el mismo instante, el hombre me volvió la espalda con muestra de soberano desden, á tiempo que yo me ponía rojo de vergüenza.

Los mendigos rehusan la limosna de mis manos.

¡Quiera Alá que recobre su primitivo color, y entónces mi vida será una continua delicia!

Al dirigir las manos al cielo, el santón y el padre observaron que una de ellas, la diestra, estaba como el carbon de negra.

VI

— Yo, padre mio, á diferencia de mi hermano mayor, — dijo el mediano de ellos, — he recorrido muchos países y pasado muchas fatigas ántes de encontrar la fortuna que poseo.

Ni la vigilia ni las privaciones me perdonaron, ni el trabajo ni el sufrimiento me hicieron retroceder.

Si os contara mis dolores y mis angustias pasadas, os entristeceríais, padre, y ésta es la razon por qué no me ocupo de ellos.

Básteos saber que, aunque no tan poderoso como mi mayor hermano, tengo suficiente para alimentar vuestra ancianidad, y por ello doy á Alá las gracias más fervorosas, lo mismo que por los inmensos beneficios que me ha otorgado.

Mi conciencia está limpia y tranquila, y mi vida será á vuestro lado, padre mio, un paraíso de ventura.

VII

— Yo, padre de mi alma, — dijo el menor, besándole la mano, — apenas de vuestro lado me separé, me

dirigí á la casa de un sabio médico, quien, en recompensa de mis trabajos, me comunicó parte de sus infinitos conocimientos: con ellos despues me labré una mediana fortuna; pero al regresar á vuestro lado encontré, padre mio, tanta desgracia, que todas mis riquezas se han quedado entre las manos de los infelices que á mi paso hallaba. Para mi padre y para mí, — me dije, — nos basta mi saber, y miéntras viva no me abandonará. Sólo con mi ciencia ante vos me presento para cumplir lo que os digneis mandarme.....

VIII

Cuando del santón se despidieron sus huéspedes, dijo el solitario habitante de la mezquita al anciano:

— No olvides, hermano, mis consejos.

Goza sin reparo de la fortuna de tus dos menores hijos, y nada tomes de la del mayor.

Cuando pasen dos lunas ven á hacerme una visita, y entónces te diré cuál de las tres es la mejor fortuna.

IX

Cumplido el plazo, llamó el anciano á la puerta de la solitaria mezquita.

Cuando se halló ante el venerable santón, le dijo:

— ¡La vida de mi hijo mayor no puede ser más desgraciada! El pueblo le desprecia y nadie quiere tratar con él. Todos le llaman *el de la mano negra*.

— Es, — dijo el santón, — porque los medios de que se ha valido para adquirir su riqueza han sido infames, aunque sencillos.

Al sacarla del fango, con él se manchó; y ¡ay! aquella mancha jamás se borrará.... ¡Al buscar su suerte, halló su desgracia!

— El mediano, — continuó el anciano, — á poco de llegar á su patria fué robado; poco despues, un horrible incendio redujo á cenizas el resto de su hacienda y sus barcos se sumergían en los fondos de los mares. Hoy, de sus riquezas sólo quedan los recuerdos.

— A eso, — añadió el santón, — están expuestos los que cifran su dicha en los bienes materiales. Sin embargo, es más feliz que su hermano mayor; las gentes le apreciarán y el trabajo le ayudará á vivir.... ¿Y el pequeño?

— ¡Oh, el pequeño! — exclamó entusiasmado el anciano. — Su saber le ha dado un nombre y una posición envidiables; de todos lados le solicitan; sus conocimientos son pródigamente recompensados y su felicidad es completa.

— Dime, hermano, — dijo el santón, — ¿me preguntarás ya cuál es la mejor fortuna?....

— El hijo de un hombre que se dice loco...
— El hijo de un hombre que se dice loco...
— El hijo de un hombre que se dice loco...

Al decir de un hombre que se dice loco...
Al decir de un hombre que se dice loco...
Al decir de un hombre que se dice loco...

— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...

— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...

— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...

— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...
— El médico — comienza el médico...

LA LOCURA DE LOS CUERDOS

LA LOCURA DE LOS CUERDOS

I

Descuidáronse los encargados de su vigilancia, y Rafael aprovechó esta falta para escaparse del manicomio.

No es la primera vez que una falta produce la libertad.

¡Rafael se veía libre! Aquel día fué uno de los más felices para aquel desdichado.

¡Libre, despues de haber permanecido ocho años sin disponer de su voluntad! Por eso Rafael no podía convencerse de que poseía aquel inmenso tesoro que el Hacedor dió al hombre para que sus semejantes se lo quitaran.

Le habían declarado demente personas de grandes conocimientos, y, con razon ó sin ella, había sido encerrado en uno de esos cementerios de vivos que llama la sociedad manicomios.

Cuando volvió la vista, en aquella hermosa mañana que recobró la libertad, y vió á su espalda el inmenso caseron que le había servido de morada por tantos días, sus ojos se abrieron exageradamente, y en su rostro apareció la expresión de la sorpresa.

Si los médicos del manicomio le hubieran visto en aquel instante, jurarían que Rafael se encontraba en el fatal estado de tornar al establecimiento, y no vacilarían en mandarle poner la camisa de fuerza.

Debía de volver al manicomio, porque su rostro se nubló y una nube de dolor pasó por su alma.

Se acordaba de los que fueron sus compañeros de infortunio durante mucho tiempo, y les enviaba, en el momento que la casa se perdía de su presencia, un adiós triste y afectuoso. Aquellas lágrimas de compasión le hubieran hecho pasar por demente á los ojos del mundo.

Y la verdad es que debía estar loco cuando no se encogió de hombros, como ser indiferente á quien nada importa la suerte de aquellos inocentes presos, y cuando no dirigió á la terrible mansión que, con apariencia hipócrita de caridad, les cobijaba, una furiosa mirada de cólera y venganza.

Loco rematado estaría, porque sus labios no profirieron horribles frases de maldición y anatema.

¡Cómo se conocía que no estaba acostumbrado á tratar con los cuerdos! Éstos le hubieran dado mil lecciones. ¡Le hubieran enseñado á dejar morir de hambre

y miseria á sus hermanos, sin que á sus corazones atormentase el remordimiento! ¡Oh, pobre hombre que sales de un manicomio, adonde te condujeron tus iguales para que no les molestaras con tu desgracia! ¡Cuánto tienes que aprender! Cuando llegues á las ciudades verás cómo la civilización y el adelanto han hecho dientes de marfil para sustituir á los de hueso, y cómo han demostrado que en el mundo se puede vivir sin corazón, cambiándole por otro de acero que se llama egoísmo.

II

Mustio y cabizbajo seguía Rafael el camino que le alejaba del manicomio, contribuyendo á llenar su alma de melancolía el encanto que la naturaleza presentaba á sus ojos, que sólo le habían servido para derramar lágrimas de amargura.

En la dilatada campiña que se extendía ante él, un pueblecito pequeño adornaba el paisaje, contrastando sus casas blancas con el verdor de los prados y alamedas que le rodeaban.

Hacia aquella aldea dirigió Rafael sus pasos, pensando aguardar á que el sol del siguiente día le anunciase la hora de continuar su viaje.

¿Adónde iba? Lo ignoraba; pero su corazón le decía que aquél era el camino que había de conducirle al

lado de otros seres queridos, que le habrían olvidado probablemente, pero que Rafael recordaba sin el resentimiento que por su impiedad merecían....

Llegó el *loco* al pueblecito que había divisado desde el camino, y se internó por sus calles buscando algún sitio en qué hallar refugio.

Todas estaban desiertas. Las casas, cerradas, daban idea de una población muerta.

Al llegar á la plaza que había delante de la puerta de la iglesia, una multitud compacta se agrupaba alrededor de un carruaje.

Todos los espectadores se codeaban y estrujaban, poniendo gran empeño en estar próximos al coche, que estaba parado en el centro de la plazuela. Tal era la curiosidad de la gente del pueblo, que quien hubiera visto aquella multitud, unos apoyándose sobre otros, creería que aquel monton de personas era de una sola pieza.

La curiosidad invadió el espíritu de Rafael, é hizo que éste se aproximara, deseoso de contemplar lo que de tan sin igual manera llamaba la atención de la plebe.

Un lujoso carruaje abierto, al cual briosos caballos estaban enganchados, fué lo que se presentó á la vista de Rafael. En el interior y en el centro de él, un hombrecillo de baja estatura y repugnante aspecto miraba al pueblo con un orgullo y una soberbia que mal se avenían con lo miserable de su naturaleza. Aquel hombre estaba pronunciando un discurso.

Rafael oyó decir que aquel individuo era uno de los de más importancia de la nación, que su sabiduría era admirada por la humanidad, y que se encontraba en el lugar porque iba á solicitar los votos para la representación de la comarca en la Asamblea.

El hombrecillo del coche se preparaba para continuar su discurso, el cual todos escuchaban con religioso silencio.

— Voy á comunicaros mis planes — dijo el orador — respecto á mis ideas religiosas. Los principios de todas las religiones positivas me causan risa. La religion católica es la que más daño ha causado á la humanidad. ¡Guerra al catolicismo, y guerra á muerte! Dios es el pretexto de que esta religion se ha servido para explotarnos; ¡no declaro la guerra á Dios, porque Dios no existe!

Gran impresion causaron á Rafael las palabras que acababa de escuchar.

La multitud empezó á aplaudir frenéticamente.

El *loco* no pudo soportar por más tiempo este espectáculo.

Las creencias que dormían en su corazón, alimentadas por su madre en su venturosa infancia, protestaron contra tan horribles blasfemias.

Por eso sin duda tapóse los oídos con ambas manos, y corrió desaforadamente sin rumbo fijo.

La iglesia abierta se presentó en su camino, y en ella entró Rafael para bendecir la misericordia de Dios,

que había recibido los ultrajes de tantos miserables sin haberlos convertido en polvo.

Una claridad velada por cortinas de colores penetraba en la casa de Dios.

La iglesia estaba llena de gente. El sacerdote, desde el púlpito, dirigía la palabra á sus feligreses.

Rafael se puso á escuchar.

— Mirad, — decía el cura — hijos míos, la maldad en nuestra puerta. Esos miserables liberales, hijos de Satanás, tratan sólo de nuestra destrucción. ¡Guerra á muerte á esos perversos! Empuñad las armas, y que la sangre muestre nuestra venganza. ¡Guerra á nuestros enemigos!

Más daño que las palabras que pronunció el hombrecillo del coche hicieron á Rafael las del cura, que en aquel paraje santo se olvidaba de Dios y de la caridad para convertir á los hijos del Señor en instrumento de su mezquina causa.

Así es que Rafael huyó del templo horrorizado. Necesitaba aire que respirar, porque aquella atmósfera de corrupción y odios le asfixiaba.

Cuando, desde la carretera, dirigió una mirada de compasión á la aldea, vió que, en medio de la plaza, hermanos con hermanos, hijos con padres y amigos con amigos, se daban muerte y se herían sólo por defender las ambiciones de los que producían su ruina.

Este sangriento espectáculo sirvió para que Rafael apretara el paso, diciendo:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y son éstos los cuerdos de quien me separaron!

III

Vagando por los alrededores estuvo el loco gran parte de la noche, sin tomar alimento alguno, temiendo ir á los pueblos vecinos para encontrarse con otros sucesos por el estilo de los que había presenciado.

Sin embargo de sus temores, la frágil naturaleza le obligó á dirigirse al punto donde brillaba una luz en medio de la oscuridad de la noche.

Allí pensaba encontrar descanso para su cuerpo, rendido por la fatiga, y alimento para reparar sus fuerzas.

Reunió todas las que le quedaban, y pasado algún tiempo consiguió llegar al sitio de donde salía la luz que le había guiado. Era una casa pequeña y blanca. Su puerta estaba entornada. Se dirigió á ella con ánimo de entrar en demanda de hospitalidad, cuando el rumor de una conversacion llegó hasta sus oídos.

— Vos teneis — decía una voz quejumbrosa — todos los goces de la vida, dinero y soledad; ¿por qué no me dais, no de los manjares de que comeis, sino pan para satisfacer mi hambre y agua para calmar mi sed? ¡Oh! ¡Dichoso vos que poseeis una fortuna con la cual podríais comprar muchos libros!...

— ¿Y quién te ha dicho, imbécil, — contestó una voz insolente — que yo tengo el dinero para libros? Ya me estás cansando demasiado y, como no te vayas pronto, haré que mis criados te arrojen al camino. ¿Para qué, en vez de haber estado estudiando toda tu vida, no has hecho lo que yo? Una casa de préstamos produce un dineral en poco tiempo....

— Señor, para vos esa comida es mucha; la moral manda amparar al prójimo.

— Mi moral me dice ahora que te marches inmediatamente.

Rafael escuchó absorto este diálogo y vió á los interlocutores.

En el centro de una espaciosa sala había una mesa cubierta con multitud de delicados manjares. Sentado junto á ella, un hombre grueso y colorado devoraba más que comía. Su faz mostraba imbecilidad y su cuerpo innobleza.

De pié, y en humilde actitud, un hombre alto y delgado ocupaba un ángulo de la sala. Su calva cabeza y la expresion de sus ojos delataban al pensador.

Cuando este último se disponía á salir de la sala, Rafael se alejó de la puerta pensando que igual recibimiento, ó peor, le esperaba si se atrevía á pedir auxilio.

Resignóse, pues, á dormir en el campo si su necesidad se lo permitía.

¿Durmió?...

A la mañana siguiente se encontró en medio del camino á un hombre que le llamaba con débiles voces.

Se acercó á él.

— Yo voy á morir pronto — le dijo. — Mi vida ha estado consagrada á la ciencia. Mis semejantes me deben mucho.... ¡Ayer fui á pedir pan! Me lo han negado, y hoy me muero de hambre.... Marcha á la casa blanca que se ve desde aquí, y dile al dueño que T*** (y dijo un nombre muy conocido y admirado por los sabios) le perdona.

Cuando hubo exhalado su postrer lamento, Rafael fué á cumplir el mandato del que ya no existía.

Llamó á la casa, preguntó por el amo, y un criado le respondió con indiferencia:

— Anoche estaba cenando, y se presentaron á su puerta dos pobres. El dueño, á fin de que ningun otro le importunase durante aquella hora, dijo: «Para que los mendigos que vengan no sientan más hambre viendo estos manjares, me los voy á comer todos.» No ha podido hacer la digestion, y ha muerto al amanecer.

El loco no esperó más.

Se alejó de aquella casa haciendo sobre lo que había visto concienzudas reflexiones, y exclamando:

— ¡Y éstos son los cuerdos de quienes me han separado!

IV

Ya le faltaba poco á Rafael para llegar á la corte, que era el término de su viaje.

Desde que había salido del manicomio no pudo gozar de un instante de alegría.

En el camino había visto tantas cosas y escenas, que no lograba comprender cómo los hombres pueden vivir.

Cuántas veces había exclamado tristemente estas palabras: ¡Y éstos son los cuerdos de quienes me apartan!

Disponíase ya á continuar su camino hácia la corte, cuando por casualidad llegó á sus manos un periódico de la misma.

Le leyó con avidez.

Se enteró de la inmoralidad que reinaba en ella, de la falta de sentimientos en sus hombres, de sus miserias indescriptibles, de sus atroces crímenes, de su infinita prostitucion, de la falsedad que se había establecido en todos los corazones, de los motines que sembraban las calles de víctimas inocentes, de la relajacion de la política...

¡Qué de cosas vería en aquel papel impreso, cuando, al acabar su lectura, comenzó á llorar amargamente con inmenso desconsuelo!

— ¡Dios mío! — exclamó — no quiero vivir entre los cuerdos de este mundo, porque no podría soportar la vida.....

V

Y paso á paso deshizo lo que anduvo, con dirección al manicomio de donde se había fugado.

Al llegar junto á él, unos ladrones, aunque cuerdos, le despojaron de su traje.

Al verle los doctores del manicomio en el estado á que le habían reducido los hombres, y oír de Rafael su decision de permanecer en aquel lugar todo el tiempo que durara su vida, se sorprendieron en extremo y comentaron el hecho.

VI

Los *cuerdos* que visiten el manicomio en que está Rafael, podrán leer en la puerta de la habitacion de éste un letrero que dice:

REMATADO.

Si lograrais del director del establecimiento que os permitiera visitar el interior del cuarto, encontraríais á Rafael escribiendo un libro.

En su primer capítulo se lee lo siguiente:

«El mundo es un manicomio, en el que los locos andan sueltos destruyéndose mutuamente.

»¿Qué razon tienen unos para llamar locos á los otros?

»Tengo para mí que la parte de humanidad que no está loca es porque es imbécil.

»La locura está reñida con la imbecilidad.

»Si el mundo no fuera loco, y esto sería peor, sería imbécil.

»Cada hombre tiene bastante con su locura.»

Como se ve, la obra parece de un loco, á juzgar por la inconexion de sus ideas. Pero, sin embargo, creo que el libro de Rafael va á tener mucho mérito.

Probablemente los cuerdos no querrán publicarle; pero yo soy amigo del autor y prometo regalaros algunos ejemplares.

LA ACACIA DE LOS AMANTES

(HISTORIA DE UN TROVADOR)

LA ACACIA DE LOS AMANTES

(HISTORIA DE UN TROVADOR)

Aún tengo que contaros otra historia.

Desde este grandioso parque, lleno de seculares árboles que con sus ramas cuajadas de verdor prohíben que los rayos del sol quemem los musgos y las flores del suelo, se divisa la casa solariega, próxima á convertirse en ruinas, que fué morada de una de las más nobles familias de la comarca.

Hace ya muchos años era dueño de estos lugares el caballero D. Lope de Mendoza.

Pasó D. Lope el tiempo de su juventud guerreando contra los infieles (de cuyas guerras regresó con alta fama y gran renombre), y dicen las historias que, quizá por haberse despertado sus sentimientos en medio de los azares de la batalla, ó porque su niñez no fuese guiada y conducida por el dulce cariño de una madre (pues D. Lope la perdió siendo muy niño), el carácter

del caballero fué duro y violento, y que no parecía sino que todas las furias del Averno le habían comunicado sus malvados instintos.

Existe en una de las salas de la casa solariega un retrato de D. Lope, y en él se ve, si el pintor no mentía, que una constante tempestad se desataba en su alma, si se atendía á la feroz expresion de su torvo gesto y terrible mirada.

Un año aún no hacía que el panteon dió morada á los despojos de su padre, cuando D. Lope (y sobre este punto mienten algunas historias que aseguran que tomó estado por mandato del autor de sus dias) se casó con la hija de un noble, la cual se llamaba Doña Laura, y de ella dicen los pergaminos que no había otra mujer de más belleza y candor en veinte leguas á la redonda.

Terminaron los festejos que el pueblo hizo para celebrar las bodas de sus señores, y los siervos continuaron fabricando las cadenas que humildemente depositaban á los piés de sus amos para que éstos se dignasen ahogar sus libertades.

I

El trascurso de algunos meses y la hermosura angelical de Doña Laura bastaron para cambiar el carácter de D. Lope...

Y es que las candorosas sonrisas y las tranquilas miradas del sér adorado truecan los más fuertes caracteres, y hacen de ellos la imágen de la mansedumbre.

Ya D. Lope repartía las más afables sonrisas á los que ántes tratara del modo más inhumano, y dió motivos para que sus servidores dijeran que sólo D. Lope se afanaba por adivinar los pensamientos y más frívolos caprichos de su esposa, para tener el inmenso júbilo de verla satisfecha.

Todas las flores más hermosas de la pradera habían tenido la dicha envidiada de morir entre los rubios cabellos de la encantadora castellana. Todos los más armoniosos pájaros del bosque tuvieron el honor de halagar á la esposa de D. Lope con sus cadenciosos gorjeos, recibiendo en cambio la dulce recompensa de tomar el alimento de entre los dedos de nieve de su señora, que besaban con su pico parlador.

II

De Doña Laura era el corazon de D. Lope. Gozaba del cariñoso respeto de sus vasallos; pero, á pesar de esto, ¡cuántas veces, pasada la media noche, cuando los ecos de los bosques dormían, Doña Laura, en la ventana de su camarín, clavando su mirada en la plácida luna, que salía de una nube al tiempo que una lágrima de sus ojos, llena de pena suspiraba!...

¿Qué pesar fué á hacer presa en el corazón de la bella castellana?

Nadie lo sabía.

Una tarde, cuando el sol dirigía sus postreras miradas á la tierra, paseábanse por una de las alamedas del parque D. Lope y su esposa.

Los suspiros que el pecho de Doña Laura exhalaba, y su profunda melancolía, fueron bastantes para que el señor de Mendoza participara del dolor de su adorada.

Por eso le preguntaba frecuentemente, con el cariñoso interés del amante:

— Laura mía, ¿qué tienes? ¿Por qué no dices tus pesares á tu esposo, que encontrará para ellos lenitivo?

Doña Laura, entónces, suspirando como deben suspirar los ángeles buenos, le respondía procurando sonreírse:

— Ayer se murió el pájaro de alitas amarillas; aquél que tú me regalaste el día de mi santo.

III

¡Qué contenta estaba la gente de la pequeña aldea!

Había llegado de detras de aquellas lejanas montañas, que parecen azules, un jóven trovador con su arpa al hombro y sus romances en la memoria.

¡Sabía tantos!...

Aquel de *El rey encantado*, el de *El conde maldecido*.... ¿quién dirá los que él sabía?...

Se había parado en la plaza de la aldea, y ante todos los campesinos que le rodeaban había recitado el que terminaba así:

Y ambos se dieron un beso

Y marcháronse los dos.

Ella murió en un convento

Y él en la guerra murió.

Después, más que cantar, lloró sus penas. ¡Pobre trovador!

Era un jóven de rubios cabellos y mejillas sonrosadas. ¡Ingrata humanidad! Él se quejaba de no ser correspondido, y jamás reparó en las lágrimas que algunas jóvenes vertían cuando abandonaba un lugarcillo donde, al lado de la plaza, decía sus romances amorosos.

IV

Aún no se habían extinguido las últimas notas del arpa, en el momento en que el trovador la hacía descansar sobre su hombro, abriéndose paso por entre la apiñada multitud para dirigirse hácia la casa solariega de D. Lope, cuyas paredes se divisaban.

Junto á la ventana á que estaba asomado el señor de Mendoza paróse el trovador, y despues de saludar con sumision y respeto comenzó á cantar, acompañando su voz con los sonidos de su armonioso instrumento.

Aunque las crónicas lo dicen, no recuerdo el romance que recitó; pero sí he leído que, cuando el cantor llegaba á la mitad de su endecha, apareció Doña Laura en la ventana donde se hallaba asomado su esposo.

Su pálido semblante delataba una profunda ansiedad mal disimulada.

Un suspiro de alegría apareció en los labios de Doña Laura al oír el canto del trovador.

— ¿Te gustan, Laura, estas historias? — la preguntó D. Lope, deseoso de agradarla.

Y ella contestó:

— Mucho, porque me recuerdan los dias de mi infancia.

Entónces el trovador decía:

Yo vengo de otros lugares

Pasando penas sin cuento.

Yo me olvidé de mis padres

Y me olvidé de mi pueblo,

Y he venido á preguntarte,

Aunque muerto por tí vengo,

Si recuerdas tus palabras,

Que se llevaron los vientos.

Doña Laura escuchaba al jóven cantor muda y absorta, como si á ella se dirigieran aquellas frases.

— Esposa mia, — dijo D. Lope besándola los cabellos, — sé el placer que te causan los cantares del bardo; te prometo que han de distraernos en la velada de esta noche.

— ¡Oh, gracias, gracias! — exclamó sin poder contenerse Doña Laura.

Pero de súbito, y ántes de que su esposo diera la orden de llamar al trovador, añadió:

— D. Lope, no..... Haced que no venga el bardo á vuestra casa.

Esta brusca determinacion y el modo con que fué expuesta, que más parecía adoptada despues de un combate de opuestos deseos que una resolucion espontánea, hizo que D. Lope inclinara la frente.

Desde aquel instante tornóse mustio y pensativo y las sonrisas huyeron de sus labios.

El bardo se había alejado de la casa solariega.

Varios labradores le vieron volver repetidas veces la cabeza y dirigir sus miradas á la ventana que servía de marco al busto encantador de Doña Laura.

Otros notaron que se alejaba suspirando y ocultando su rostro.

Muchos observaron lágrimas en sus ojos.

V

Doña Laura y el joven trovador se amaban con infinita ternura.

Ella, cuando niña, detras de los cantares adivinó el alma de quien los recitaba.

El alma del trovador, triste y melancólica, había entusiasmado á Doña Laura, y cuando ésta casóse con D. Lope por mandato paterno, acogió con resignacion su desventura.

Pero no por eso olvidó al bardo de las montañas.

Éste permaneció algun tiempo en la aldea donde D. Lope tenía su morada.

Una noche de luna, impulsado por su vehemente pasion, se atrevió á saltar las tapias del parque.

Una vez en aquel jardin, el trovador, obligado á marchar del lugar, quiso despedirse de su amante.

Como esto no le fuera posible, resolvió dejarla un recuerdo de su amor.

Él sabía que en el banco situado debajo de una acacia, cuyas ramas le prestaban sombra, era donde Doña Laura pasaba muchas horas, con la vista fija en el suelo, entregada á sus pensamientos.

Dirigióse á la acacia, y en su corteza grabó el nombre de su adorada.

Una rama de flores blancas le rodeó de una fragante aureola.

El bardo abandonó el jardin.

Apénas éste hubo desaparecido, cuando Doña Laura, paseándose por la ribera del arroyo, dirigía sus pasos junto á la acacia.

Estaba triste y silenciosa.

Si cada lágrima que corría por sus mejillas hubiera caido sobre una flor, ¡qué hermosa y galana se presentaría la pradera con tan benéfico rocío!

Una misteriosa atraccion que tenía el nombre grabado en el arbol por su amante, llevó á él los ojos de Doña Laura.

Vió su nombre escrito á través de las flores de la acacia.

Y en él leyó toda la pasion del trovador.

Por eso, sin duda, suspiraba.

Por eso, tambien, sus labios sonrefan.

La soledad se extendía en torno de ella, y la soledad incitá á pensar, y pensando.... ¡qué pocas veces somos felices!

Laura pensaba en el trovador.

Pero Laura era buena como los ángeles, y hubiera preferido morir mil veces á faltar á los juramentos que un aciago dia prestó en el altar.

Despues de una larga meditacion se dirigió á la acacia. Pero ántes de llegar se detuvo.

— ¡Dios mio! — exclamó con acento que indicaba una resolucion firme. — ¡Que nuestros nombres estén unidos como lo están nuestras almas!

Y comenzó á escribir un nombre en la corteza de la acacia, junto al que grabó el bardo.

¡Ojalá nunca terminara, porque no hubiera encontrado, al volverse, á su esposo D. Lope, que la contemplaba muído y frío como la estatua de la muerte!

VI

Antes de que el sol saliera al siguiente día, D. Lope mandó cortar la acacia donde estaba escrita su deshonra, y convertirla en leña.

Con ella se formó una pira donde mandó quemar al trovador y á Doña Laura juntos.

Dicen las historias que, cuando en el aire se elevaba una columna de humo negro, D. Lope dió un grito, al que siguió una horrible carcajada.

Los campesinos aseguran que vieron dos almas abrazarse en el espacio.

Pero lo único que se conserva son algunas astillas de la acacia en que estuvo escrita la deshonra de Don Lope.

En el parque, y junto á un banco de piedra, puede verse la parte inferior de un árbol cortado.

Son los restos de la acacia de los amantes.

EL GENIO Y EL MUNDO

EL GENIO Y EL MUNDO

I

Hincó los tacones en la tripa de la mula parda y se alejó en un instante de su casita de la aldea, para no oír los repetidos consejos de su padre, ni los lamentos de su madre, ni los suspiros de su amada.

El curso escolar comenzaba dentro de pocos días, y, como buen estudiante, no quería faltar á sus cátedras, alentando siempre la venturosa idea de que pronto aquellos días fatales terminarían, y que el fruto de sus trabajos y fatigas no estaba léjos de sus manos.

Apénas media legua de su hogar se había separado, cuando desde un recodo del camino le pareció divisar un hombre que, desaforado, corría hácia aquél punto, y que le produjo una emoci6n extraña y desagradable.

Verdad es que ni su aspecto ni su actitud fugitiva eran los más á propósito para tranquilizar á un jóven es-

tudiante que llevaba en el fondo de las alforjas los dineros necesarios para costear las matrículas, libros y manutención de su persona en todo un año, y que, por más que estaban muy lejos de ser muchos, constituían su tranquilidad, contribuyendo en gran parte á mantener las risueñas esperanzas que en su mente estudiantil se forjara.

Así es que arreó á su cabalgadura y se preparó, en lo posible, para resistir cualquier agresión que partiera del hombre que de tal modo corría.

El semblante del estudiante se contrajo y los colores de sus mejillas palidieron cuando notó que, apartándose de los campos por donde corría, hacía él se dirigió el hombre dando espantosos gritos y abriendo los brazos, que agitaba en el aire de una manera extraña.

Pero se quedó con el susto en el cuerpo y cambió de aspecto cuando vió que aquel sér misterioso que á su encuentro salía se paró ante él, y con marcada humildad le pidió, con lastimosa voz, que le condujera á un sitio oculto de los alrededores; añadiéndole que nada temiera, y asegurando que jamás se arrepentiría de escucharle.

Accedió el estudiante y, conocedor del terreno, le llevó atravesando sendas y sembrados á lo más enmarañado del soto, donde, apeándose de la mula, que amarró á un árbol, se puso á escucharle.

Era el hombre que tenía ante su presencia un anciano

no débil y enfermizo, á juzgar por su rostro; pero sus ojos conservaban aún el brillo y la fiereza de la juventud, y estaban poseídos de una vivacidad impropia de los años que el cuerpo representaba.

Una espaciosa calva se prolongaba por toda la cabeza, que se presentaba á la vista del estudiante como una calavera envuelta en pergamino. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas, y su cuerpo inclinado hacía adelante.

El traje con que el anciano cubría sus carnes hubiera podido servir para un arlequin, por la multitud de colores que entraban en su confección, y mirándole detenidamente le pareció al estudiante que de sus telas habían arrancado multitud de trozos.

II

— « Yo — dijo el viejo, despues de descansar sentado en una tosca piedra — tuve el mal gusto y la debilidad de dedicarme con asiduidad á los estudios y á la meditacion, y desde mis primeros años mi afán mayor le constituía el progresivo deseo de ser un sabio. Mi suprema felicidad era encontrar un libro, y leía sus páginas con verdadero deleite, apartándome de los muchachos que pasaban el tiempo en otros juegos y distracciones.

Pero como ni mi fortuna, ni mi posición me permitían adquirir las obras científicas que yo más ardientemente deseaba, me llevaba muy malos ratos pensando la manera de satisfacer mi curiosidad.

Vanos eran mis esfuerzos.

Un día en que yo, no pudiendo realizar mis esperanzas, estaba llorando sentado á la orilla de un arroyo, sentí que una mano se posaba sobre mis hombros y que una voz me decía :

— Yo te daré lo que desees.

Volvíme sorprendido hácia el sitio de donde la voz había salido, y ante mi vista encontré un viejo asqueroso y repugnante que sonreía sarcásticamente viendo las lágrimas que corrían por mis mejillas.

— ¿Quién eres tú — preguntéle receloso — que puedes otorgarme lo que busco inútilmente?

Y el viejo me replicó :

— Soy la humanidad pobre y miserable; puedo darte lo que me pidas, pero con una ligera condición, que estoy seguro aceptarás.

Tú eres un arrogante joven. Tus hermosos cabellos podrían servirme para cubrir mi calvicie, tus blancos dientes para adornar mis encías; y, en fin, todo tú me valdrás de mucho. Yo te daré lo que tu naturaleza necesite y todo lo superfluo que me pidas; pero por cada favor que te otorgue me cederás lo que yo quiera, que siempre será bien poco. Toma los libros que buscas, pero por cada uno te arrancaré un cabello.

— ¡Bah! — respondióle al viejo. — Poco me cuesta darte gusto. — Y me dió mucho dinero, arrancando de mi cabeza, uno á uno, varios cabellos.

Me chocó ver el arte con que los colocaba en su frente y el esmero con que los cuidaba.

Entonces yo me dediqué al estudio, compré buenos libros y abundantes provisiones, y así viví largo tiempo, aunque con mucha modestia, feliz.

Cuando se agotó mi dinero y los libros estaban en mi memoria, el viejo se presentó ante mí de nuevo, y de nuevo me entregó mucho oro, arrancándome también algunos cabellos.

Pero como el dinero era poco y los libros me costaban mucho, resultó que yo me quedé pronto calvo; en cambio, mi frente quedó poblada de ideas.

Por su parte, el viejo que me protegía había ido perdiendo su aspecto asqueroso y repugnante, y engalanándose con el pelo que yo perdí.

Un día me encontré con que no tenía cabello en mi cabeza que darle, y me puse muy triste, porque ya no podría continuar mis estudios; pero el viejo me visitó otra vez y me anunció, sonriéndose, que no me apurase, y que, si ya estaba calvo, en cambio poseía una magnífica dentadura, y que, si quería que él continuara protegiéndome, había de darle mis dientes, uno por uno, á cambio de sus favores.

Accedí gustoso, y ¡ay de mí! pasado algun tiempo me quedé sin muela alguna en mis encías.

Mientras tanto, el viejo iba pareciendo un joven. Mi hermosa cabellera adornaba su frente, y mi blanca dentadura daba á su sonrisa graciosos encantos.

Después de que no tuve dientes qué darle, me exigió las orejas, y, en fin, todo aquello que pudiera servirle para algo.

Al poco tiempo me encontraba yo sin cabellos, sin dientes, sin orejas, sin sangre, sin vigor, y viejo, pobre y asqueroso. Me fui á buscar al viejo (ya convertido en arrogante joven, á costa mia), que se llamaba *el Mundo*, y cuando le dije que sustentara mis necesidades porque me veía imposibilitado para ganarme la vida, pues él me había despojado de los medios, primero soltó una carcajada, después me miró con furia, concluyendo, en fin, por gritar:

— ¡A ése, que está loco! ¡que le lleven á un manicomio!...

Yo, al oír sus palabras, comencé á correr, porque él venía detrás de mí para prenderme, y, gracias á que te he encontrado en el camino, he logrado salvarme de sus garras. »

No había concluido de contar su historia el pobre viejo, cuando un elegante joven apareció en el bosque y le sujetó con violencia, diciéndole:

— ¡Loco, loco! ¡ahora al manicomio!...

Y en vano fueron las súplicas del pobre anciano.

El viejo sabio y el joven mundo desaparecieron, llevándose éste fuertemente amarrado á aquél.

III

Montó el estudiante en su mula y se volvió á su pueblecito, donde dijo á su padre:

— Padre, ya sé bastante y no quiero estudiar; hoy he aprendido que el mundo despoja al genio de sus cualidades y que con ellas se envanece, olvidando á quién se las debe y concluyendo por despreciarle y ultrajarle.

Si quieres, padre, convencerte de la verdad, no mires al mundo vestido con el traje de civilización y progreso; observa á los genios á quienes se les debe, y llora con ellos la ingratitud de que son víctimas.

III

Montó el estudiante en su ira y se volvió a su
 preceptor, donde dijo a su padre:
 —Padre, ya se cansó y no puedo estudiar; hoy
 he aprendido que el mundo después al genio de las
 cualidades y que con ellas se avanzó, olvidando a
 quien se las debe y conchupando por despreciar y
 insultar.
 Si quieres, padre, contentarte de la verdad, no
 mires al mundo vestido con el traje de civilización y
 progreso; obsérvalo a los genios a quienes se las debe
 y mira con ellos la ingratitud de que son víctimas.

LA GRUTA DE LA VERDAD

LA GRUTA DE LA VERDAD

I

En lejanas regiones, cuyos límites no señalan los mapas más perfectos, imperaba un sultan cuyo despótico gobierno tenía atemorizados á los infinitos súbditos con que contaba.

La luz esplendente del sol que baña las regiones del Mediodía se extiende por su vasto imperio, alimentando una vegetacion exuberante, al mismo tiempo que tuesta la piel de los hombres, poniéndoles morenos como las figuras de barro con que adornan sus habitaciones las familias elegantes.

Era el sultan un viejo venerable, de larga y sedosa barba, blanca como las hurfes con que sueñan los musulmanes. Creía que, sin él, su pueblo perecería víctima de la más espantosa miseria, y aseguraba que sus leyes eran las más benignas, al par que las más convenientes para el país donde vió la luz primera.

Con tan halagüeñas ideas, y con la seguridad que

tenía de gozar del paraíso que el Profeta ofrece á los creyentes, vivía el buen sultan la vida más feliz que pudiera darse, no sólo en aquellas apartadas regiones africanas, sino en los países venturosos donde la civilizacion extendió sus blancas alas.

II

Tres hijos tenía este sultan, á quienes había enseñado todo lo que á su elevado linaje convenía.

El mayor de ellos era un jóven hábil y robusto, tan adiestrado en el arte de cautivar corazones como en el manejo de las armas.

Su gallarda y simpática figura se hacía irresistible á las más virtuosas damas, y á cientos se contaban las conquistas amorosas del afortunado príncipe.

El segundo de los hijos del sultan nada encontraba qué envidiar á su mayor hermano. Si arrogante era la estatura de éste, la de aquél era proporcionada; si los ojos del primogénito eran más negros, en cambio los suyos eran más expresivos; y si aquél gozaba envidiable reputacion entre las bellas, jamás éstas le hicieron el menor desaire ni la más sencilla mala pasada.

A lo ménos, de ello no se tenían noticias.

No sucedía lo propio al más pequeño de los tres hijos del sultan. Su padre, al verle entre sus dos her-

manos, solía decir que la naturaleza había agotado todos sus encantos repartiéndolos entre sus dos hijos mayores, y no la quedó para el tercero cualidad alguna con qué adornar su parte física.

El pobre Ismael, que así le llamaban, sufría grandes amarguras viendo su rostro desproporcionado, gruesos sus labios, un poco más grande que lo regular su boca y algo más pequeña que lo ordinario su nariz.

Quizá su notoria fealdad fuera la causa de que su anciano padre le tratara con despego y sus hermanos no le mirasen con cariño.

Pero el frio afecto que le profesaba su familia no fué para él el motivo más poderoso que le hiciera maldecir de su vida.

Un dia que pudo contemplar las perfectas facciones de una jóven mora, sintió rebullir el amor en su pecho, y entónces fué cuando lamentó ser dueño de tan repugnante figura.

No pudo, sin embargo, dominar los impulsos de su corazon, y una declaracion vehemente que dirigió á la mora, expresion del afecto que le había inspirado, fué la fiel traduccion de sus sentimientos.

La mora, contra lo que era de esperar, correspondió ó manifestó corresponder al cariño del príncipe.

Yo creo que las mujeres son lo mismo en todas partes.

Desde entónces, la hermosa africana dió á su amante repetidas muestras de amor.

Juraba no pertenecer á otro que á Ismael, y este juramento era repetido por sus labios siempre que encontraba propicia ocasion para ello.

Ismael vivía feliz.

Se había olvidado de la ridiculez de su rostro, y hasta llegó á amarle, porque la jóven mora le encontraba encantador.

El sueño dorado de su existencia consistía en vivir contemplando con indecible júbilo los encantos de Zulema.

Su adorada tenía negros los ojos, y unas pestañas aterciopeladas les daban sombra. Sus arqueadas cejas de ébano contrastaban con la blancura de su delicado cutis, que transparentaba las líneas azules de sus venas. A sus dilatadas pupilas asomaba el fuego de su alma sarracena, apareciendo en torrentes de luz.

Ismael, contemplando el fulgor de la mirada de su amante, solía decir:

— Cuando observo, Zulema, el brillo que resalta de la oscuridad de tus ojos, se me figura ver dos lucecitas en el fondo de los abismos.

III

Las repetidas frases de amor que Ismael recogía de los labios de su amada, léjos de infundirle confianza, le hicieron dudar del afecto de Zulema.

Ismael únicamente vivía para ella.

Sólo pensaba en su amante, y por eso la duda que hizo presa en su corazón, fué su mayor tormento.

Un incidente desagradable le probó el verdadero estado del corazón de Zulema.

El sultán, su padre, gravemente enfermo algún tiempo hacía, bajó al sepulcro.

Esta muerte fué muy sentida por el pueblo, no tanto por el cariño que á su soberano tenía, sino porque éste mandó que su vasto imperio se dividiera entre sus dos hijos mayores.

Gran tristeza causó á Ismael el olvido en que su padre le tuvo en el postrer momento; pero se consoló con la idea de que sus hermanos le darían lo necesario para conservar su dignidad y su rango.

Visitó, con este motivo, á sus hermanos, y éstos, que comenzaron por reirse de las palabras del desheredado, concluyeron por mandar á sus criados que le pusieran en la calle, lo cual hicieron sin miramiento alguno, porque abundan mucho los seres que se complacen con humillar y hacer daño al que sufre el peso horrible de la desgracia.

Recurrió á Zulema, esperando encontrar en ella lo que su familia le negara, y su antes apasionada prometida no se dignó siquiera prestar atención á lo que decía.

IV

La situación de Ismael fué, desde entónces, triste y desconsoladora. Pasaba los días y las noches vagando al azar por las calles de la capital, á solas con su dolor y desventura.

Una noche, fatigado por el cansancio, rendido por la necesidad y abrumado por el dolor, recostóse contra la puerta de una miserable casa de las afueras de la población, y allí se quedó dormido.

Soñó con su pasada grandeza. Se veía príncipe poderoso y habitaba el suntuoso alcázar de su padre. Sus trajes llamaban la atención por su lujosa belleza, y mil criados le rodeaban, disputándose el honor de servirle.

Sólo una inquietud turbaba la felicidad de su sueño: la duda de la fidelidad de Zulema.

Músicas llenas de armonías de las auras del desierto halagaban sus oídos, en el mismo instante que despertó en los brazos de su extremada miseria.

Un arbolillo que la tempestad arroja contra el suelo, produce tristeza.

Un árbol gigantesco que los vientos desgajan, causa lástima y dolor.....

Las lágrimas se agolpaban á los ojos de Ismael y corrían con abundancia.

Y estas lágrimas de soledad y abandono son las más tristes, porque nadie las consuela.

Llorando estaba, gran rato hacía, cuando sintió un leve ruido.

Entónces tuvo que ahogar los sollozos, porque, más que apiadar, suelen producir irónicas carcajadas.

Un anciano se paró delante de él y le dijo:

— Toma, Ismael, y no llores, que vas á ser el hombre más feliz del universo, y ni amor ni riquezas te faltarán en el mundo, porque Alá no desampara á sus elegidos.

El príncipe extendió la mano, y las del buen viejo depositaron en ellas un rollo de pergamino.

Antes de que el eco de sus palabras se extinguiese, el anciano que las pronunció desapareció de los ojos de Ismael.

La luz de la luna era insuficiente para verlo que el pergamino decía, y por eso el príncipe, aunque lleno de curiosidad, se vió precisado á que los primeros rayos del sol besaran las cúpulas de las mezquitas, colorándolas de grana y oro.

V

El pergamino decía:

«En el sitio donde te encuentres, golpea tres veces el suelo con la planta de tu pié.

» Invoca el santo nombre de Alá.

» Ten valor y constancia, que los espíritus te ayudan.»

Perplejo y pensativo quedóse Ismael cuando terminó la lectura; pero después de gran rato de meditación, decidióse á hacer lo que el misterioso pergamino le mandaba.

Inmediatamente lo ejecutó.

Sintió que la tierra se abría á sus plantas y que él iba descendiendo con vertiginosa rapidez.

Lleno de terror abrió los ojos, y una espantosa oscuridad le rodeaba.

Creyó que su viaje no tendría término; pero pronto una débil claridad fué disipando las tinieblas que le envolvían, hallándose después en un frondoso jardín, cuyos límites no podía abarcar con la vista.

El príncipe dirigió una medrosa mirada á su alrededor, y quedóse asombrado al ver la hermosura del suelo, al notar la frescura del ambiente y la multitud de árboles, cuyas ramas se inclinaban al peso de las delicadas frutas de que estaban saturadas.

— ¡Alá, Alá! — exclamó clavando los ojos en el cielo — ¿dónde estoy?

— A mi lado — contestó el viejo que en la noche oscura le entregó el pergamino, presentándose ante el príncipe.

Voy á darte unas instrucciones — añadió — sin las cuales sería imposible tu empresa.

Este jardín tan hermoso, que á tu presencia tienes, está poblado por hermosas ninfas que te asediarán con sus halagos; huye de ellas; porque, si tu debilidad te rindiere, tu cuerpo se convertiría en una planta que sujetarían profundas raíces á la tierra.

Difícil y larga es tu jornada; pero, si tienes valor y voluntad, saldrás de ella airoso.

Encontrarás también en tu camino elegantes caballeros que te invitarán á que permanezcas con ellos; ¡ay de tí si tu paso se detiene, dando tu oído atención á sus palabras! tu cuerpo tomaría la figura de un pájaro azul, como los de tantos otros que te precedieron. Largo y fatigoso es el camino; pero, si tu ánimo flaquease y retrocedieras un paso, convertiráste en pez, y eternamente permanecerás bajo esa forma.

Durante tu viaje, tu cuerpo sentirá fatiga; pero tú no descansarás sino por las noches, y no en blando césped que encontrases, sino en las rocas duras que vieres.

Arboles de sazonadas frutas alargarán sus ramas hasta tus manos; ¡pobre de tí si gustas de ellas! Te servirán de alimento únicamente las hierbas que en tu camino encontrases, que, aunque no son dulces y agradables, dan, sin embargo, fortaleza al cuerpo.

Si apurado te viesen, invoca tres veces el santo nombre de Alá, que tu ruego no será desoído.

Pregunta siempre por *La gruta de la verdad*, y dirígete adonde te indicaren.

Si tan afortunado fueses que consiguieras llegar á ella, busca una arquita de oro, y en su seno hallarás el remedio á todos tus males y el bienestar constante.

Adios, Ismael, y cuida de no olvidar mis consejos.

Y al concluir de pronunciar esta frase, el buen viejo desapareció de los ojos del príncipe.

VI

Jurando observar fielmente los consejos del anciano, comenzó Ismael su jornada, avanzando por la hermosa calle de árboles, cuyo final se perdía con la distancia.

Todo el día le pasó andando; y cuando la noche cubrió de sombras el inmenso jardín, rindióse al sueño, teniendo gran cuidado de hacerlo sobre las peñas del camino.

Cuando el sol le despertó, sintió necesidad de alimentarse; y aunque los árboles le convidaban con excelentes frutas, comió de la hierba que alfombraba la pradera.

Disponíase á caminar de nuevo, cuando vió venir corriendo, y en dirección á él, gran número de hermosas mujeres, que le rodearon á porfía.

Todas comenzaron por llenarle de elogios, saliendo á su encuentro.

Unas le presentaban sus seductores encantos; otras le colmaban de soñadas caricias, y todas con halagüeñas palabras le incitaban á que se quedase entre ellas, donde el placer no le hastiaría ni el deleite se apartaría de sus sentidos.

— No, príncipe poderoso — le decían; — no serás tú el despiadado que desoigas nuestros ruegos. ¿Cómo has de abandonarnos, sabiendo la felicidad que entre nosotras te espera? Ricos manjares te servirán de alimento; perfumes arrobadores halagarán tus sentidos, llenándoles de voluptuosidad; misteriosas músicas despertarán ignorados sentimientos en tu alma, y nosotras nos miraremos en tus ojos y adivinaremos tus deseos, que al punto serán satisfechos. ¿Cómo vas á seguir adelante, conociendo los trabajos que pasarás? Duras rocas quebrantarán tus fatigados miembros, y nosotras te brindamos con elegantes palacios donde la comodidad habita. A la fatiga que te espera, sustituiremos con dulce reposo; á tu miserable alimentación, con sazoadas ambrosías. Las extremadas estaciones te harán sentir sus rigores, mientras que nuestra morada te presentará suaves y frescas brisas en verano, y en invierno calor agradable. Durante tu marcha, tu juventud se disipará; y si quedases con nosotras, viviendo sólo para el placer y el amor, tu mocedad será eterna. Nosotras cuidaremos de tus cabellos y los llenaremos de fragantes perfumes; y si de nuestro lado te ausentases, tu cabeza se cubrirá de blanco, que, como

la nieve, se fundirá mostrando tu calvicie. ¡Oh, príncipe poderoso! ¿Cómo es posible que nos abandones?...

Tales serían los propósitos del jóven Ismael, que continuó avanzando por la hermosa alameda.

Cuando la fatiga le prohibió dar un paso, buscó rocas que le sirvieran de lecho, y en ellas se durmió, no sin dar ántes gracias á Alá, que le había permitido resistir á las tentadoras ninfas que le salieron al encuentro.

VII

Tumbados en la verde hierba de la pradera, vió el príncipe, al otro dia, numerosas parejas de hombres y mujeres, las cuales se dirigían agradables frases de cariño.

— ¡Ay! — escuchó Ismael que decía un hermoso jóven — ¡ay del imbécil que pasa su vida trabajando y sufriendo, para luégo concluir en los helados brazos de la muerte! ¿Qué consigue? Acumular sobre sí todo género de desventuras y privarse de los infinitos goces que el amor le brinda. ¡Desgraciados de ellos! A lo mejor, la recompensa les abandona, y la injusticia se rie de ellos. Tienen que cruzar la escabrosa senda de la vida; ven las espinas de que está sembrada, y, á pesar de ofrecerles calzado con qué mitigar sus dolores, se obstinan en andar descalzos con los piés des-

nudos. ¡Imbéciles! Huyen del placer por seguir un ideal, y luégo, al morir, no saben si encontrarán algo. ¡Dejadles que se pierdan, porque bien lo merecen! Yo me rio de verles correr y fatigarse, miéntras me encuentro descansado; admiro su majadería cuando abrazan una quimera, porque yo abrazo á mi querida que me llena de besos. ¡Dejadles que suden y se afanen, que no faltará quien disfrute de sus trabajos!

Ismael continuó su camino.

Aquella noche, su alimento le pareció insípido, y su mente se esforzaba en adivinar el sabor de las frutas de los árboles; las rocas donde dormía le parecieron insufribles, y pensó lo cómodo que sería hallar lecho en el césped; su cansancio le pareció extremado, y se figuró lo bien que lo pasaría habiéndose quedado entre las ninfas. Después de estas reflexiones, se preguntó:

— ¿Qué encontraré al final de mi jornada? ¿Será una ilusión ó una quimera?...

Y sentó esta afirmación:

— Me parece que soy un necio.

Luégo pensó en las palabras de su anciano protector, y siguió su camino.

Y durante el trayecto se repetían las mismas escenas, más incitantes á medida que su cansancio y sus trabajos eran mayores.

Ismael, y no sabemos si obró bien ó mal, llegó por fin á la deseada *gruta de la verdad*.

La vista de ella le produjo un desengaño. Vió el arca de oro en el centro.

La abrió..... y un grito de coraje se escapó de sus labios.

En su fondo no había más que un viejo libro. En una de sus cubiertas se veía con grandes letras esta palabra : LEE.

Así lo hizo el príncipe.

Cuando terminó la lectura , alzó la cabeza con arrogancia.

Aquel libro le había hecho un sabio.

Entonces emprendió de nuevo su camino, con dirección contraria á la que había seguido.

En la senda había una fuente, y al beber de sus aguas vió su imagen en el cristal del fondo.

Estaba viejo y calvo.

Cuando llegó al sitio que ocupaban las amantes parejas, dirigió á él la vista.

En todos los semblantes veía retratado el hastío, y en todos encontró falsedad y mentira.

Hombres y mujeres se inclinaban á su paso y le saludaban con respeto.

VIII

En su patria , una vez que salió de aquel jardín, pues su ciencia allanaba los mayores obstáculos, dedicó su sabiduría á hacer bien.

A causa de la fatal administracion de sus hermanos , los pueblos se sublevaron contra ellos y les destronaron, poniendo en gran peligro sus vidas.

Los versos que componía encantaron á Zulema, que acabó por adorar el talento de Ismael.

El pueblo , reconocido á los inmensos favores que á su saber debía, le proclamó sultan.

Pero Ismael no se vengó de sus hermanos, porque recordaba que la última página del libro que tanto le había enseñado, decía :

« Perdona al caído, porque tú pudieras verte como él, y porque la mision del hombre de Estado no es practicar la venganza , sino labrar la felicidad del pueblo. »

Ismael siguió estudiando, porque en aquel precioso libro había aprendido esta verdad :

« La ciencia es la verdadera hermosura en el hombre. »

A causa de la gran abstracción de sus pensamientos, los puecos se embobaron como ellos y se des-
truyeron, poniendo en gran peligro sus vidas.

Los versos que componen encantan a algunos
que acabo por adorar el talento de Ismael.

El pueblo, reconociendo a las inmensas favores que
a su saber debía, lo proclamó su gran.

Ismael no se vergo de sus deberes, porque
recordaba que la última página del libro que tanto le

había enseñado, decía:
Perdona al ciego, porque si pudiera ver como

el, y porque la mente del hombre de Estado no es
precisa la vergüenza, sino la libertad del

gobierno.
Ismael siguió estudiando, porque en aquel preciso

libro había aprendido esta verdad:
La ciencia es la verdadera riqueza en el

hombre.
Y cuando se acordaba de la enseñanza que había

aprendido y de la libertad que había
aprendido a amar y a defender.

Ismael se acordaba de la enseñanza que había
aprendido a amar y a defender.

Ismael se acordaba de la enseñanza que había
aprendido a amar y a defender.

Ismael se acordaba de la enseñanza que había
aprendido a amar y a defender.

Ismael se acordaba de la enseñanza que había
aprendido a amar y a defender.

EL AVARO DON DÍMAS

[Faint, illegible text in the right column, likely bleed-through from the reverse side of the page.]

EL AVARO DON DÍMAS

I

Seguramente le conoceríais.

No había más que ver la opacidad de sus miradas, la dilatación de su arqueada nariz, la sonrisa siniestra que presentaban sus labios, siempre plegados del mismo modo, como si obedecieran, más que á la alegría, á la costumbre, y lo raquítico de su cuerpo, inclinado hácia adelante, para decir que D. Dímas era un avaro que despreciaba á sus semejantes, y que sólo existía para el oro.

¡Oh, qué dicha más inefable experimentaba el viejo cuando por las noches contaba y recontaba sus riquezas! Si viviera su madre y le hubiera ofrecido una peseta ó un beso, optaría seguramente por la primera...

¡Hay hombres que merecían no haber tenido madre!

¡Pobre del mendigo que acudiera á él en demanda de una limosna!

Una noche se le acercó una pobre anciana, y él la recibió á bastonazos.

Por eso sin duda hufan de él, lo mismo que su corazon hufa de todas las afecciones.....

II

D. Dímas ha muerto; perdonémosle, ya que dudamos le alcance la misericordia divina.

Voy á referiros una de las muchas anécdotas de su miserable vida, que demuestran las malas consecuencias que la avaricia acarrea al infeliz que se deja dominar por tan vil pasion.

Era una noche oscura de invierno, y D. Dímas aligeraba el paso con dos objetos. Uno, con el de llegar pronto al lado de su tesoro; el otro era porque, de ese modo, se libraba del frio denso que se sentía en la poblacion.

Y me diréis:

— Pero D. Dímas ¿tenía frio? Pues ¿qué hacía con tanto dinero?

Pues lo guardaba, con todas las seguridades posibles para que no pudiera ser descubierto...

Su alimentacion era muy pobre, más pobre que su alma; y en cuanto al vestido..... ¡bueno era D. Dímas para gastar un cuarto en una capa!

Ya había conseguido entrar en calor, gracias al pa-

so que llevaba, cuando, en la callejuela más oscura, una moneda se cayó de su bolsillo al suelo.

Esto le hizo parar de pronto.

¿Qué clase de moneda sería.....?

De plata no podía ser, porque D. Dímas no acostumbraba á llevar monedas de este metal en su bolsillo.

¿Sería de oro...? ¡Cá...! De oro, mucho ménos. El oro estaba en sus arcas.

La moneda que se le cayó al suelo tenía que ser, pues, de cobre, porque en España no se usan, como en otros países, y entre ellos Rusia, monedas de níkel.

D. Dímas se paró en medio de la calle.

¿Qué le importaba á él que estuviese acalorado?

La pérdida era insignificante. ¿Y qué?... ¿Iba por eso á resignarse á quedarse sin una moneda tan tontamente?...

Saca la caja de fósforos, y de ella uno, cuya cabeza restriega contra la lija de la misma caja.

Brotó la luz, y D. Dímas la dirige al suelo; se distinguen hasta las junturas de las piedras, pero la moneda no se vislumbra.

Esto no significa nada para el viejo avaro.

D. Dímas no desiste de su empresa por tan poca cosa. Cuando la paciencia ha de producirle siquiera un ochavo, se reviste de paciencia.

Un segundo fósforo ilumina el suelo. La pupila del avaro se dilata, pero es en vano. La dichosa moneda no parece.

D. Dímas siente el frío de la noche de invierno, que le avisa debe retirarse á su casa; pero ¡bah! el buen viejo es capaz de pasar un invierno en la Siberia por un duro.

Uno tras otro gastaba D. Dímas todos los fósforos de su caja.

¡Ya no le quedaba más que uno!

Le enciende. Su ansiedad es suprema y, por fin, un grito de alegría se escapa de sus labios.

¡Había parecido!

¡Era un ochavo!

D. Dímas sentía mucho frío, pero más aún su mala suerte, que fué maldiciendo por el camino.

Consecuencias:

Primera. Para encontrar un ochavo gastó una caja de fósforos, que valía cuatro monedas iguales á la extraviada; es decir, perdió tres ochavos.

Y segunda (y ésta fué la peor).

Buscando el ochavo encontró una pulmonía, que en dos días le condujo á la tumba.

D. Dímas halló una pulmonía bastante arreglada: sólo le costó un ochavo.

Es que los avaros todo lo encuentran barato. ¡Hasta la muerte!

III

Quando conteis esta historia, decid conmigo:

— ¡Qué triste debe ser la vida del avaro!

¡Qué momentos tan horribles debe de pasar en su agonía al separarse de su tesoro!

¡Y qué bien empleado le estaría ver á sus herederos felices á costa suya!

LOS DOS EXTREMOS

III

...

LOS DOS EXTREMOS

...

LOS DOS EXTREMOS

I

Montado en una burra parda, llena de años y mataduras, seguía Pascual la tortuosa carretera que terminaba en una de las puertas de la corte.

La tarde, de verano, era calurosa en extremo. El sol lucía en el firmamento raso, vertiendo sobre la tierra un fuego lento, convertido en chispas de luz que se agitaban en el espacio.

Pascual miraba el árido paisaje que ante su vista se presentaba, cuya lánguida monotonía rompía á intervalos la carretera, que se prolongaba ante sus ojos como una sierpe colosal, que ya mostraba parte de su curvo cuerpo, ó ya desaparecía entre los accidentes del terreno.

Revisaba por centésima vez los encargos que en las anchas y profundas alforjas estaban sepultados, y después de dibujarse en su rostro la sonrisa de satisfacción que le producía el acertado cumplimiento de sus deberes, se le veía fruncir el entrecejo y cerrar los ojos,

como si en su mente repasara las obras que tenía aquel día que ejecutar.

Pasado que hubo una de las curvas del camino, se encontró sentado en una peña á un anciano, cuyo aspecto no dejó de impresionar al buen mozo, caballero en la pollina.

Por eso sin duda tiró del ramal que terminaba en la cabeza de su cabalgadura, y clavó en el anciano sus ojos escudriñadores y vivos.

— Buenas tardes, — murmuró Pascual.

— Buenas las tengas, mozo — respondióle el viejo. — ¿Adónde vas camino adelante con estos calores, que son capaces de derretir al mundo?

— ¡Oh, buen amigo! — contestóle. — Voy á la corte por mandato de mi padre, para vender, si encuentro para ello propicia ocasion, esta pollina, que ya no puede apénas con su pellejo.

— ¡Venderla! — exclamó el viejo asombrado.

— Venderla..... ¿Tiene algo de particular que se des haga uno de prenda que para nada, que no sea consumir celemines de cebada, vale?....

— ¡Eso es, venderla! Despues de haber estado muchos años prestando servicios á tu familia, ahora, ¡ingratos de vosotros! la vendeis como mueble inútil.....

El rostro del pobre anciano mostraba entónces un profundo sentimiento.

Bajó los ojos, apoyó su rugosa frente sobre su mano descarnada y se puso á reflexionar.

Pascual le examinó con curiosidad y asombro. Parecía tener sesenta años. Daban indicios para creerlo así, su cabeza calva surcada por multitud de arrugas, que dejaba ver un sombrero raído y estropeado, lo encorvado de su cuerpo, lo apagado de su mirada, que comenzaba á vidriar, y la flogedad de sus miembros, desprovistos de elasticidad y vigor.

Rompió el silencio despues de algunos instantes de meditacion el anciano, diciendo al jóven:

— Siéntate á mi lado y escucha mis saludables consejos, dictados por la experiencia y reflexion de setenta años de vida; ellos harán de tí otro hombre, y apagarán en tu jóven corazon esos instintos crueles que tanto rebajan á los hombres.

— ¡Ah, señor! — contestóle Pascual con sentimiento. — Lo que me pide V. es casi imposible de conceder, pues llevo mucha prisa y pienso volver á mi pueblo ántes de la noche, y tengo que cumplir con muchos encargos y compromisos que se disputan mi tiempo. Lo que sí haré, si V. quiere, es ofrecerle las ancas de mi caballería para que, andando y sin perder el tiempo, pueda escuchar los consejos que V. quiere darme.

— ¡Bendito de Dios! — exclamó el viejo. — ¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Quieres cargar á ese pobre animal con estos huesos míos, para que su trabajo sea doble y dobles sus padecimientos? Baja, bájate en seguida y escucha, que no perderás el tiempo que estás en mi compañía.

Apeóse Pascual de la burra y dejóla suelta por la cuneta de la carretera.

II

LA HISTORIA

Yo he nacido en la corte adonde te diriges, de unos padres más honrados que ricos, y eso que á cada uno de los seis hijos que tuvieron les dejaron herederos de una fortuna considerable.

Mi educación fué esmerada. Mis padres adivinaron los tranquilos sentimientos que dormían en mi alma, y encaminaron mis instintos por las sendas de la ternura y la compasion.

Los animales eran mi delirio, su conservacion mi idea dominante, y procurar su bienestar era el goce mayor que daba á mi alma. Con decirte que reñí con mis hermanos porque uno era cazador y otros pescadores, bastará para que veas mi decidida inclinacion en favor de los inofensivos seres que nos rodean.

Cuando me casé, empleé mi fortuna en construir una posesion grandísima, donde pudieran caber cuantos animales hubiera en el mundo; jaulas, cuadras, estanques, de todo había en ella, si contribuía á su bienestar y dicha.

Mandé traer de Africa y América animales raros y

curiosos, y creo que comprenderás que su vida fué la más regalada y apacible que pudieran soñar.

Cuando perdí á mi esposa, pérdida irreparable y que siempre deploro, — dijo el anciano con quejumbrosa voz — tuve un disgusto profundo. La causa de su muerte me impresionó vivamente por su extraña procedencia.

Entre los animales que cerca de mí tenía, había un leon; por lo cuidado que estaba, podía decirse que se encontraba completamente domesticado. Sin embargo, un dia, que por un descuido de mi criado logró escaparse de la jaula en que estaba encerrado, nos dió un disgusto que pudo acarrearlos las más fatales consecuencias. Lanzando estrepitosos aullidos, dió á correr por toda la quinta. Mi mujer se asustó de tal modo que, de resultas del síncope que la acometió, bajo al sepulcro.

Ésta fué la primera prueba que sufrí de la Providencia. Pero mi inclinacion era firme, y traté de consolarme haciendo á los animales todo el bien que en mis manos estaba.

Creció el hijo, que en el mundo era mi dicha, y aunque procuré inculcar en su joven corazon las ideas que yo tenía, mis planes fracasaron tristemente, y mi hijo salió lo más cruel é inhumano que mortal puede ser en este mundo.

Se atrevió un dia á llamarme loco, y á decir que mi decidida proteccion á los animales era la insensatez

mayor en que dar pudiera; que ella había sido la causa del disturbio de familia, la que ocasionó la muerte de su madre y la que había de traer la ruina suya.

Amargáronme mucho las palabras de mi hijo; pero las olvidé viendo espirar á un borrico cuya historia era una serie continua de palos y trabajos, hasta que un día le recogí yo muerto de hambre y cansancio.

¡Con qué satisfaccion le veía yo exhalar su postrer suspiro!...

Abreviaré mi narracion cuanto me sea posible, para que no muestres impaciencia.

Los animales que tanto cuidé murieron de viejos, despues de haber consumido mi cuantiosa fortuna, y yo me hallé á la vuelta de algunos años pobre y olvidado, sin que nadie me protegiera ni hiciera por mí lo que yo por los animales hice.

Pero no por tantas adversidades llegué á perder mis aficiones.

Un pólipo enorme se ha desarrollado en mi pecho; y aunque su extirpacion es fácil si se destruye su vida, es tanta la aversion que tengo á ello, que le dejo que concluya con la mia.

Sé como yo, hijo mio, y ya recibirás el fruto....

— ¡Sí, eh? — gruñó Pascual. — Gracias por sus consejos, buen anciano; bastante me ha enseñado la historia suya; pero tengo prisa y no puedo detenerme....

— Reflexiona sobre ella — le dijo el viejo.

Y Pascual, montando en su burro, gritó desde léjos:

— Así lo haré.

Y comenzó á descargar sobre su pobre pollina fuertes garrotazos, mientras gritaba:

— ¡Arre, burra! ¡Arre.... que he perdido el tiempo!

III

Apénas había andado media legua, dando vueltas en su cabeza á las palabras del anciano, cuando se encontró á un arriero que estaba dando á uno de sus burros la paliza mayor que humano descargó sobre huesos y pellejo.

— ¡Oh, buen hombre! — le dijo Pascual. — ¿Por qué pega V. de ese modo al burro?...

— ¿Y á tí qué te importa, mozo? Cuando le pego, será porque lo merece; conque, sigue tu camino y no te metas en lo que á tí no te interese.

Bajó las orejas al peso de las groseras palabras del arriero, y siguió Pascual su camino para la corte, cuyos edificios aparecían al final del horizonte como una mancha blanca.

IV

Como hombre honrado cumplió los encargos Pascual en la corte, y ya se dirigía á su casa tranquilo de haber hecho cuanto pudo por vender la pollina.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. ¿Quién iba á quedarse con aquel esqueleto vivo?

Iba cantando para distraer su aburrimiento, y al llegar al sitio en que el arriero estaba pegando á su burro, oyó unos gemidos dolorosos que le sorprendieron.

Despues percibió al mismo arriero arrodillado ante un burro que estaba tendido en el suelo.

— ¡Ay! — decía. — ¡Pobre de mí, que he matado á mi burro!.... ¡Qué bien hubiera hecho si hubiera seguido tus consejos!... ¡Ahora tendría un burro más!... ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Consolóle lo que pudo el bueno de Pascual, y se despidió del arriero, que le gritaba:

— Mira, mozo; no maltrates al burro..... porque luego podrás arrepentirte.

Pascual acortó el paso de su pollina y estuvo á punto de apearse; pero no lo hizo, jurando no volver á maltratar á los animales en los dias de su vida.

Siguió la carretera y, al llegar al sitio en que el anciano le contó su historia, oyó que unos débiles gemidos salían de entre las piedras que había junto al borde del camino.

Aproximóse y reconoció al anciano, que decía:

— ¡Ay de mí! Yo me muero; este pólipo me mata, no puedo dar un paso.... ya ha llegado mi última hora.... conozco que he cometido mil locuras.... perdon. Mira, mozo, escucha mi último consejo... Vete á tu pueblo...

y pega á tu burro muchos palos.... muchos, que para eso han nacido.

Pascual, reflexionando sobre los sucesos que en el camino había visto, decía sin cesar:

— ¡Dios mio!... ¡Lo que son las exageraciones!

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

UN TRAJE DECENTE

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

UN TRAJE DECENTE

I

Triste y cubierta de la bruma del Norte estaba la sombría callejuela de aquel apartado barrio, y más triste aún la mezquina casa que se recostaba en las paredes de sus vecinas, temiendo, sin duda, que el viento la derribase.

Era en la capital del antiguo reino de Dinamarca. En sus calles cuajaba la nieve, y un cielo de color de pizarra se extendía por la ciudad, á manera de fatídico dosel cubierto de luto.

La mañana estaba muy fría, y los transeuntes que cruzaban las calles aceleraban el paso, deseosos de terminar las misiones que los tenía alejados de sus hogares.

En la triste callejuela del apartado barrio, y sobre la puerta de una casa tan ruinoso, que de su tejado habían desaparecido, lo mismo que de las encas de los viejos los dientes, multitud de tejas, había una tabla

pintada de negro, sobre la cual la tosca mano de algun artista desventurado grabó esta sola palabra, que resalta valientemente del fondo:

SASTRERÍA

El portal de aquella casa estaba oscuro y silencioso. En él, varios oficiales, con la aguja en la mano y la labor sobre las rodillas, trabajaban con ardoroso afán, anhelantes de terminar su tarea.

En el rincón más profundo del taller, y sentado en una banqueta enana, un jóven de mirar apagado y pensativo aspecto contrastaba notoriamente con sus compañeros. Su traje desarreglado y raído, sus cabellos enmarañados y la profunda melancolía que se retrataba en su rostro, eran los caracteres que más se señalaban entre la pulcritud de sus camaradas y la jovialidad de sus palabras.

Diríase que el macilento jóven, más que coser la ropa, estaba hilvanando una tras otra idea, á medida que las puntadas periódicas adelantaban su costura.

Sin embargo, aunque la aguja se ocultaba un instante para volver á presentarse ante sus ojos, sus pensamientos no se apartaban de su mente.

De vez en cuando, el jóven oficial se restregaba los entumecidos dedos ó se soplaba las manos, con el ánimo de continuar su trabajo, y entónces un hombrecillo coloradote y rechoncho, que parecía el maestro, le solía decir:

—¡Cristhian! ¡Cristhian! ¡Qué pocas ganas tenemos de trabajar! Vamos, hombre, un esfuerzo y terminémos.

El jóven Cristhian, por toda respuesta, bajaba la cabeza y continuaba su interrumpida tarea.

Sé veía que hacía violentos esfuerzos para no distraerse, y parecía tener mucho empeño en no desconcentrar á su maestro.

II

Un dia, sin embargo, cansado su principal de propinar cariñosas reprensiones á su jóven obrero, y viendo la ineficacia de sus pláticas, le llamó á su cuarto y le dijo con severo acento:

—Cristhian, ya sé yo que eres un excelente muchacho, y que la causa de mis continuas reprensiones nace de tu carácter distraido: ¿en qué piensas tanto tiempo, olvidando tu tarea? El otro dia, por ejemplo, te di un frac para que pegases en él unos botones, y me lo devolviste con los botones cosidos en la solapa. ¿En qué estabas pensando, Cristhian?

— Señor, pensaba en lo de siempre, en hacerme un traje decente.

—¡Bravo, bravo, muchacho! eso me gusta, y haces bien en pensar en un traje que sustituya al que llevas, porque bien lo necesitas. Tus compañeros murmuran

de que tu descuido te haga tan desastrado. A un sastre, chico, poco le cuesta ir bien vestido. Me alegro que pienses en hacerte un traje..... ¿Y cómo va á ser, Cristhian?

—Un traje extraño, señor, muy extraño, pero que, el día que me presente con él, todo el mundo me recibirá con los brazos abiertos y solicitará mi compañía.

—¿Qué tela vas á emplear?

—¡Oh! la tela es muy cara; es lo que me falta, la tela; porque, saberle hacer, sí sé, creo que sabré; pero la tela, la tela...

—Vamos; para que veas que te quiero bien, yo voy á quitarte de encima tantas cavilaciones y á regalarte la tela. Tu madre está pobre, y tú no estás muy sobrado de dineros. Te digo, Cristhian, que te voy á regalar la tela.

—Gracias, señor; pero no podeis hacer lo que suponeis, porque, la tela que yo necesito, no podeis vos regalármela.

—Entonces, ¿qué traje va á ser ése, Cristhian?

—El mérito principal de esta obra está en la hechura; vos, maestro, no le podríais hacer; pero yo pienso desde hace mucho tiempo en la manera de confeccionarle, y lo conseguiré.

—¡Ay Cristhian, mi pobre Cristhian! Veo que necesitas cuidarte, hijo mio.

Y el sastre se alejó del jóven santiguándose espantado y murmurando entre dientes:

— ¡Qué lástima de chico! está loco, y yo creía que tenía disposición.....

III

Cristhian siguió pensativo por mucho tiempo y sufriendo grandes contratiempos en su empresa.

Un día, cansado de sufrir las burlas de sus compañeros de taller, se despidió de la sastrería, jurando no volver á coger una aguja en los días de su vida.

Y no se arrepintió, á pesar de que sintió mucho frío, mucha hambre y muchas injurias.

IV

El viejo maestro de sastré que tenía su taller en la callejuela sombría de Copenhague, se había ya olvidado de su pobre Cristhian.

Habían pasado ya algunos años, y un día de alegría para Dinamarca, porque el sol asomaba su frente por entre las nubes, un hombre de súbito penetró en la tienda del sastre.

Al verle, se santiguó el maestro.

—¡Cómo! — exclamó — ¿eres tú, Cristhian? ¿Quién te hubiera conocido? — añadió. — Tu cabello rubio se ha vuelto blanco, aunque tus ojos están más vivos: cuéntame, Cristhian, tu vida. Si no te viera con ese traje tan roto y tan sucio, lo que me indica que aún te

domina el abandono, creería, Cristhian, que ya te habías hecho aquel famoso en el que tanto pensabas; ¡ja... ja... ja...! ¿Te acuerdas de aquellas locuras? Sin embargo, veo entusiasmo en tu mirada.

— ¡Maestro, — exclamó Cristhian — dadme un abrazo! Hoy he estrenado el traje que tanto me preocupaba.

El buen sastre meneó la cabeza con muestras de sentimiento. De sus labios huyó la sonrisa, y murmuró:

— ¡Pobre Cristhian!

— Vedle... con él me presentaré en todo el mundo, y el mundo me agasajará; los grandes solicitarán mi amistad, y los sabios me admirarán en todo el orbe. Con este traje he adornado mi pobre humanidad para presentarme ante el mundo. ¿Creeis que no voy á ser el encanto de las mujeres?...

El maestro leyó la cubierta de un libro que su oficial le presentaba, la cual decía lo siguiente:

CUENTOS

POR

CRISTHIAN ANDERSEN

Y no pudo leer más, porque las lágrimas nublaron los ojos del viejo maestro, que abrazaba á Cristhian con orgullo.

Cristhian Andersen ha sido un escritor admirado por toda la humanidad. Sus obras, y especialmente sus cuentos, vivirán eternamente.

EL DRAMA DEL SUBTERRÁNEO

(NARRACION DE UN BARDO)

EL DRAMA DEL SUBTERRÁNEO

(NARRACION DE UN BARDO)

I

El trovador comenzó de esta manera:

«Allá, en la empinada cumbre de un monte altivo, que eleva sus brumas hasta confundirlas con las nubes, existía, señor, en las venturosas edades que el castellano abandonaba su torre para tornar á ella cargado de laureles, un arrogante castillo que, para quien creyere la tradicion, fué construido por los malignos espíritus, enemigos del bienestar del hombre.

»Y á fe, señor, que si el caminante viera en la oscura noche la gigante fortaleza que se destacaba de las sombras, más negra que ellas todavía, hubiera sentido el espanto en su pecho y creído que era un colosal fantasma que vagaba por el monte llevando el pavor al corazon de los villanos.

»Gritos infernales parecían los ecos de las aguas que se deshacían en los abismos, y no parecía sino que algun monstruoso sér se arrastraba desde lo alto de la montaña, para venir á despeñarse al pié de aquella torre, y que, al verse en las profundidades de granito, retorció sus quebrantados miembros, quejándose con ronca voz de sus desventuras, para continuar de nuevo su marcha acelerada, como furioso y extraño animal que huye de los lugares donde hirieron su cuerpo, hasta ocultarse á los ojos de los humanos, bramando de coraje y salpicando de espumas las rocas que le aprisionaban.

»Ninguno de los pecheros de la comarca creía que mundanas manos fabricaran aquel castillo al lado del torrente, y los que contemplaban la parda mole y las abruptas sendas que á ella conducían, juraban por la Virgen María que aquella fortaleza que conquistaron los defensores de la Cruz á los musulmanes, fué, con efecto, construída por invisibles séres en una negra y tempestuosa noche.»

Aquí el bardo hizo una pausa.

Despues continuó:

II

«Si visto hubiérais, señor, á D. Jaime, dueño de aquella torre y señor de 3.000 vasallos, de vuestra men-

te no se hubiese apartado la leyenda de la fundacion del castillo, y creeríais que aquel poderoso señor feudal podría ser descendiente del espíritu creador de la fortaleza.

»De su espesa y descuidada cabellera negra caían grandes mechones de indómito pelo sobre su rostro, dándole un aspecto feroz y terrible. Su torva mirada expresaba la rudéza de su alma, y sus labios delgados hacían pensar en la astucia de la hiena.

»D. Jaime siempre estaba pensativo y taciturno. Sus más antiguos servidores no lograron sorprender una sonrisa en sus labios. Sólo su escudero contó que una noche, cuando la tempestad se desataba por el monte y el trueno hacía temblar los cimientos del castillo, paróse su señor en el salon donde había estado paseándose largo rato, y cruzando los brazos, despues de abrir una ventana, clavó en el cielo sus ojos con extraña complacencia en el instante mismo que el viento apagaba las antorchas y que la luz de un relámpago denunciaba una sonrisa satánica en sus labios.

III

»¿Por qué D. Jaime huía de la corte y se sepultaba en los salones de su castillo? ¿Cuál podía ser la causa del carácter de D. Jaime?

»Cuando volvió de las famosas guerras contra los

moros, las puertas del castillo del conde D. Enrique de L***, situado á corta distancia del suyo, fueron franqueadas para que él y su mesnada encontraran descanso á sus fatigas.

» ¡Ay! ¡Hora desdichada aquélla en que D. Jaime traspasó los umbrales del castillo del conde D. Enrique!...

» Desde entónces no encontró reposo para su cuerpo ni sosiego para su alma.

» La belleza de Doña Leonor causó una profunda impresion en el espíritu de D. Jaime, y desde el infausito dia en que vió su sin igual blancura y sintió su pecho encenderse con las miradas de los ojos negros de Doña Leonor, D. Jaime no cesaba de pensar en los encantos de la seductora castellana.....

IV

» ¿Cuánto tiempo estuvo D. Jaime alimentando su amor hacía la esposa del conde D. Enrique? ¿Qué propósitos acariciaba en su alma que hacían sonreír su ferroz semblante?...

» Un dia en que el sol apareció como una sonrisa en el horizonte, por la tortuosa senda que culebrea por la falda del monte y se prolonga por el llano, apareció una lucida cabalgata envuelta entre el polvo del camino.

» Poco despues, D. Jaime recibía una visita del conde D. Enrique y de su bella esposa Doña Leonor.

» La emocion que este acontecimiento produjo en D. Jaime es indescriptible. Primero, sus ojos mostraron grande alegría, y placentera sonrisa sus labios; despues, su semblante apareció más rudo y tétrico que de ordinario.

» Dos dias llevaban ya D. Enrique y su esposa en la solitaria fortaleza de D. Jaime; éste mostróse con ellos asaz cortés y amable, porque no ignoraba que la cortezanía es la cualidad distintiva de los bien nacidos.

V

» Era la caída de la tarde. Nublado aparecía el horizonte, y las ráfagas del aire traían los ecos de la lejana tormenta que se desenvolvía al otro lado de la montaña.

— » Conde D. Enrique, — dijo D. Jaime al esposo de Doña Leonor — pareceme que he oido preguntar por el origen de esta torre. Comprendo vuestra curiosidad, porque supongo que los rufianes habrán hecho llegar hasta vuestros oidos la patraña grosera que hace fundador de mi castillo al mismo Satanas.

— » Verdad decís, D. Jaime — contestóle D. Enrique. — Uno de los principales motivos que me han traído á vuestra mansion es el de enterarme del origen

de esta torre, que, aunque el de vuestra casa nadie lo ignora, pocos saben lo que yo creo poder conocer hoy, merced á vuestra amabilidad y cortesanía.

— »Existen, conde, en los largos subterráneos de este castillo curiosas inscripciones y multitud de estatuas que, por sí solas, bastarían para dar clara luz á este asunto. Ruégoos, pues, D. Enrique, que nos acompañéis al encargado del archivo y á mí por aquellos lóbregos lugares, y os juro que satisfecho habeis de quedar, y que sabréis más de lo que os figurásteis.

»D. Enrique acogió con muestras de asentimiento las palabras de D. Jaime.

»El semblante de éste presentaba algo de extraño. Sus ojos despedían un brillo, que lo mismo podría ser de fiereza que de alegría, aunque bien pudieran expresar alegre fiereza, y en sus labios se instaló la sonrisa, pero una sonrisa á través de la cual más se veían los dientes que el alma.

VI

»La noche había envuelto con sus sombras el bosque y la comarca cercanos al castillo. La pálida claridad de la luna proyectaba la sombra de la colosal fortaleza, dibujando sus vagos contornos en las rocas que servían de cauce al torrente. Parecía que la noche sepultaba aquella fábrica de granito en el abismo in-

sondable, y que éste recibía cariñoso la imagen de la gigante mole en su lecho bramador. Las ramas de los árboles seculares se quejaban á impulsos del huracán que amenazaba arrancarlas.

»El que oyera silbar el viento entre la copa de los árboles, se hubiera imaginado escuchar los gritos del que intenta destruir, mezclados con los ayes del que pugna por defenderse. En tanto, el castillo, situado entre las rocas de la montaña, parecía fabricado para irritar á los aires y probarles su impotencia.

VII

»Por una escalera estrecha, cuyo fin se perdía en las tinieblas, descendían tres hombres, despertando con el sonido de sus pasos el silencio que dormía en las bóvedas de granito.

»Mudos estaban sus labios y oprimidos sus pechos.

»Era el que descendía delante un hombre más bien bajo que alto. Un observador hubiera descubierto por su semblante al que consume su vida dedicado á trabajos intelectuales.

»Su calva apenas había respetado algunos cabellos, y sus años habían robado á su cuerpo la gallardía que depositaran en su alma, saturándola de ideas.

»Todos le conocían. Llamábanle maese Pedro, y, aunque de humilde origen, más de una vez había sido

llamado por grandes señores para desvanecer cualquier clase de duda que se presentara referente á la heráldica y á la historia.

» Caminaba maese Pedro, llevando en su mano izquierda la gorrilla y sosteniendo con la diestra una linterna, que dirigía su foco de luz hacia adelante, sin que lograra descubrir el término de la gradería.

» Cuando la luz alumbraba la respetable cabeza de maese Pedro, llamaban principalmente la atención aquellos dos mechones de cabello blanco que partían de sus sienes y parecían dos chorros de plata brotando de una esfera de marfil.

» Seguíanle D. Enrique y D. Jaime; aquél contemplando con curiosidad los objetos que le rodeaban, y éste sumido en profundas reflexiones. Si la luz de la linterna hubiese alumbrado el rostro del castellano, hiciera sentir una extraña impresión al que reparara en su semblante. Sus labios dibujaban una sonrisa de feroz alegría, y sus ojos brillaban en la oscuridad con fulgor siniestro.

» Pronto la luz de la linterna denunció una puerta en el fin de la escalera.

» D. Enrique exclamó de pronto:

— » ¡Por Cristo, que profundidades como éstas jamás visité, y que en mi vida he pensado que pudieran los hombres buscar vivienda, como los reptiles, donde la luz no llega!

— » Aún quedan, señor, — añadió maese Pedro —

galerías inmensas que recorrer. En ellas tendréis ocasión de admirar, si admirar es posible, la lobreguez de estos lugares.

— » ¿Sabeis, D. Jaime, que vuestros antepasados tenían un gusto particular al taladrar las rocas para encerrar en ellas las tinieblas?

— » Ya os convenceréis, D. Enrique, de que mis mayores supieron guardar en sus criptas la felicidad para los de su raza.....

» Habían llegado ante una pesada puerta de hierro.

» Maese Pedro dejó la linterna en el suelo.

— » Existe, D. Enrique — dijo D. Jaime — una tradición respecto de estos subterráneos, á la cual yo no he dado importancia alguna.

» Figuraos que asegura dicha tradición, que el fundador del castillo rescató de los infieles una reliquia que en cristianas manos hacía grandes milagros. Entre otros, tiene la propiedad de convertirse en juez de todo aquello que ante ella suceda, y de dar á cada uno el merecido de sus actos.....

— » En el estante número 5 — observó humildemente maese Pedro — está detallada la historia de la reliquia.

— » Pero es lo más chocante — continuó D. Jaime — que el fundador de este castillo colocara ese maravilloso objeto en estas profundidades. La tradición explica las razones que tuvo para ello, y añade que, cuando los dueños del castillo sintieran el peso de

la desgracia, debían acudir á estos parajes en demanda de consuelo..... seguros de encontrarle. Por eso llaman á estos subterráneos lugares de la felicidad.

— » Y vos ¿habeis bajado muchas veces á este infierno á buscar la felicidad?— preguntó D. Enrique.

— » No tantas, conde, como duradera ha sido mi desdicha; pero ¡bah! ¿qué vamos á hacer sino resignarnos con nuestras penas?... de lo contrario, sería menester no separarse de aquí, lo cual haría la vida insostenible, pues, como veis, la luz huye, el aire es denso y la humedad mucha..... ¡Tiempo tendremos de enterrarnos!.... Pero ¿qué haces,— exclamó de repente — maese Pedro, que no franqueas la entrada?....

— » Esperaba, señor, que vos lo hiciérais.

— » ¿Yo? ¿Ignoras, buen viejo, por ventura, que jamás he podido comprender ese misterio sin el cual la puerta permanece eternamente cerrada?

» Aquella maciza puerta poseía un secreto, á guisa de cerradura, bastante complicado.

» Maese Pedro comprimió con fuerza tres tornillos sucesivamente, haciendo luego girar á otros en distintas direcciones; empujó despues, y la puerta giró sobre sus goznes, quejándose quizá del abandono á que estaba condenada.

» Cuando los tres traspasaron los umbrales, D. Jaime empujó la puerta, que encajó perfectamente en su marco.

VIII

» A la luz de la linterna que llevaba maese Pedro, pudo ver D. Enrique el sitio donde estaba.

» Ante sus ojos se prolongaba una ancha galería. A uno y otro lado de ella, estatuas é inscripciones llegaban hasta el principio de los arcos del techo.

» Un viento húmedo azotaba los rostros de los tres personajes, y de léjos llegaba á sus oídos un murmullo continuado, producido por el torrente.

» Los tres avanzaban en silencio. Aquella oscuridad les imponía.

» De pronto un grito turbó la calma del subterráneo, á tiempo que la linterna se escapaba de las manos de maese Pedro, apagándose al chocar contra la pared.....

— » ¡Dios mio! — exclamó con acento moribundo, en el instante que su cuerpo cayó desplomado contra el suelo.....

— » ¡Imbécil!.... ¿dónde estás? ¡acércate! ¿Ignoras el amor que sentía por Doña Leonor, cuando has osado traerla á mi casa? Me has acompañado al subterráneo de la felicidad, para que yo encuentre la mia.....

» Ya nada se opone á mi deseo; apenas te haya dado muerte, correré ansioso á buscar el placer al lado de mi amada. ¡Oh! si pudieras ver mi rostro, jurarías

que, ántes de morir, habías llegado á ver la imagen de la alegría.....

» D. Enrique escuchaba mudo de espanto las palabras de D. Jaime.

— » ¡Cuánto siento — añadió — que la oscuridad no me permita ver tu rostro con los horrores de la agonía!.... La oscuridad..... las tinieblas..... ¡qué buenas son para encubrir un crimen!....

» Tu grito postrero se ahogará en estas lóbregas profundidades.

— » ¡Miserable! — exclamó D. Enrique lleno de cólera.

— » Tienes razón, parezco un miserable; ¿qué dudo? ¿qué vacilo? ¡torpe de mí, estoy perdiendo un tiempo precioso!.... ¿Dónde estás? no te ocultes, que mi daga sabrá buscarte, y Leonor me aguarda en el camarín, llena de belleza y encantos.

» El ruido denunciaba despues una lucha cuerpo á cuerpo.

» Luégo uno de ellos cayó, murmurando frases horribles.

» En aquel instante una voz se alejaba del moribundo, gritando:

— » ¡Ya es mía..... ya es mía!

IX

» Però D. Jaime llegó á la puerta, y retrocedió espantado.

» Desconocía el modo de abrirla.

» Sus esfuerzos fueron inútiles.

» Pronto la desesperación se aposentó en su alma, y, ebrio de coraje, comenzó á recorrer el subterráneo dando desaforados gritos, que se perdían en las tinieblas.

» ¿Cuánto tiempo estuvo así?... Se ignora; pero cuando la calma entró en su espíritu comprendió toda su maldad y lo horrendo de su crimen, y quizá el arrepentimiento borraría su culpa.

» Su agonía fué horrorosa.

» Sin valor para quitarse la vida, tuvo que esperar á que la muerte se compadeciese de él.

» Se asegura que en cada oscilación del viento escuchaba los ayes de sus dos víctimas, y que, en su agonía, las sombras de D. Enrique y de maese Pedro se levantaban para maldecirle.

» Estas fueron las últimas palabras de D. Jaime:

« Todo el mal que hicieres, caerá sobre tí con doble furia..... Desoye las voces de tus pasiones, que te conducen al precipicio..... El que para ir al bien tiene que pasar por el crimen, no llega al término de su jornada..... La venganza es.....»

»Y la muerte no le dejó acabar.

»Estos y otros muchos consejos quedaron sepultados en los subterráneos del castillo de D. Jaime; pero, mientras el bardo cruce las montañas, no los olvidarán ni la hermosa castellana, ni el valeroso señor, ni el pueblo, si escuchasen sus historias.»

El bardo de las montañas hizo una reverencia y se alejó.

LA CIUDAD DE LOS SABIOS

LA CIUDAD DE LOS SABIOS

I

No sé si las crónicas de aquellos tiempos refieren tan extraordinario suceso. Ignoro si los principales historiadores y filósofos se ocuparon de él; pero sea lo que fuere, y por si cometieron tan grave falta, voy á darles una leccion que, de poderla comprender, habría de producirles magníficos resultados.

Guardar silencio de un hecho tan importante y de tanto interes para la humanidad, no se concibe. ¡Oh! en nuestros tiempos no acontecerá lo mismo. Nuestros sucesores no echarán de ménos datos para escribir nuestra historia. ¡Oh, afortunados mortales, los de los siglos venideros! nosotros, que conocemos vuestra curiosidad, os legamos un gran número de documentos que aprovecharéis como se merecen. Os dejamos tambien grandes y variadas colecciones de periódicos que, por sí solas, bastarían para que os formárais exacta idea de vuestros antecesores del siglo XIX.

Abriréis la colección de cualquiera de ellos, del que juzgueis más importante, y esto os bastará para saber con firmeza que el Sr. A. ó B. regresó de sus excursiones en tal ó cual día, y que gozaba de perfecta salud.

Es verdad que, si se os originase alguna duda sobre esta importante cuestión, para desvanecerla no teneis más que leer en el mismo periódico, unas líneas más abajo, otra noticia por este estilo:

«No es cierto, como dice un colega, que el Sr. A. ó B. haya regresado de sus excursiones, ni que goce de perfecta salud. El Sr. A. ó B. se encuentra en M., donde ha recibido los Sacramentos.»

Ya veis, futuros pobladores del mundo, cómo os damos hecha la historia. Os prohibo que nos calificueis de holgazanes. Tened presente que, en nuestros días, aquél que no está empleado es sencillamente porque no puede.....

II

Es el caso, que un poderoso monarca de la India tuvo la rareza de interesarse por todo lo que se relacionara con la ciencia y sus cultivadores.

Por eso aquella venturosa región era la que podía citar con orgullo número infinito de nombres de los sabios que había producido.

Unicamente en nuestros tiempos, y en España, han

descollado hombres tan eminentes y en tanto número; pero ¡bah! ¿veis lo bien y lo contentos que están los españoles? Pues no es nada su dicha y bienestar comparados con los de los venturosos habitantes de aquel reino de Oriente.

A pesar del adelanto de aquel país, el sabio monarca no estaba contento. Tuvo el defecto de ser curioso, y, estudiando, encontró algunas cuestiones en las ciencias, en la filosofía y en la historia sin solución, y esto le inquietó en extremo.

Parece mentira que un monarca se interesara tanto por el adelanto de su pueblo que llegara, como sucedió al de la India, á perder el sueño y el apetito pensando la manera de resolver aquellos problemas del saber.

No era el rey pretencioso; y por eso, cuando vió que dos años de cavilaciones no le produjeron ningún resultado, declaró solemnemente que era un borrico, y que no sería él quien diera luz en tan oscuras cuestiones.

Si sólo hubiera hecho esta declaración, nos limitaríamos á consignar que había existido en el mundo un monarca humilde y modesto; pero como el amor del rey hacía el saber no paró ahí, tenemos necesidad de alabarle, cumpliendo así con la cualidad esencial que debe poseer todo historiador: la imparcialidad.

El monarca se dijo:

—El hecho de que yo sea un alcornoque, no impide

que haya otros hombres en mi reino que puedan encontrar la verdad. Es menester buscarlos.

Publicó edictos por todas partes llamando á la corte á los que se considerasen sabios. Por fortuna, éstos eran muchos, y dejando en un rincón una virtud que ya no existe y que se llamaba modestia, acudieron al llamamiento que hacía su soberano.

Fué tal el número de sabios que se presentó ante el rey, que éste quedóse asombrado de ver la sabiduría de sus vasallos.

Todos ellos se presentaron ante él con las obras que habían escrito, y sabio acudió que tras de sí llevaba dos y tres camellos cargados con los frutos de su poderosa imaginación.

El soberano quiso ver á todos juntos, y para conseguir sus deseos tuvo que salir de la ciudad y marchar á un campo, donde habíase alzado un trono para que el rey les dirigiera la palabra.

Y así lo hizo, en estos términos:

—«Sabios de mi nación: os he congregado á mi presencia para que de vuestras discusiones salga la verdad. Para que éstas puedan tener lugar, os he apartado de vuestros hogares; pero estad seguros que vuestro rey hará por vosotros todo cuanto pueda (1).

»Mañana, quinientos mil vasallos construirán una

(1) Es de advertir que entónces los reyes podían mucho.

ciudad para que os albergue, y en ella sólo podréis vivir vosotros los sabios. Grandes serán las comodidades que pondré en ella, porque la ciencia no debe carecer de nada. Mi reino es rico, y mis reales arcas están repletas de oro. Todo estoy dispuesto á invertirlo en honor de la sabiduría.»

Cuando el monarca terminó su discurso, los sabios, entusiasmados, exclamaron:

—¡Viva el rey!

Y eso que entre ellos había muchos republicanos; pero como eran prudentes y justicieros, aplaudieron á rabiar, pues sabían por las crónicas que reyes como aquél no habían existido, y hasta se atrevían á presentar que no habían de existir en el mundo.

III

Si fué escaso el tiempo que se invirtió en la construcción de aquella gran ciudad que había de ser morada de los sabios, no lo dicen las historias. Pero la belleza de sus calles, la comodidad de sus edificios, palacios todos, y la hermosura de sus paseos, hacían pensar en los genios de los cuentos que edificaban naciones en el trascurso de una noche.

El rey señaló una considerable suma de dinero para el sostenimiento de los sabios.

Éstos iban ya á posesionarse de la ciudad, cuando un incidente vino á demorar este acontecimiento.

Toda la servidumbre del monarca se había despedido de palacio.

Un día que su ayuda de cámara le presentó la dimision, le preguntó el rey:

— Pero ¿qué vas á hacer, hombre?... ¿No estás contento?

— Señor — contestó el dimisionario — yo no soy un tonto, y buena prueba de ello es que abandono el servicio de V. M.; porque ¿quién me manda trabajar en el mundo? Con decir que soy sabio, ya tengo bastante para vivir una vida regalada. Otros compañeros, más brutos que yo, me han dado el ejemplo de abandonaros, y dispuestos están á internarse en la nueva ciudad, donde dicen que nada, que no sea disgustos y penas, faltará.

El rey comprendió entónces los abusos á que se prestaba su resolucion.

Al otro día visitó su biblioteca, y escogió en ella los libros que más admiracion por su ciencia le causaron.

Éstos eran solamente cinco.

Miró el monarca el nombre de sus autores, y citó á éstos para el siguiente día.

Pero aquellos cinco sabios no comparecieron ante su presencia.

No se encontraban entre los cuarenta mil que ha-

bían comparecido á los llamamientos del soberano.

„Fué menester buscarles en las ciudades donde residían.

— ¿Por qué no habeis acudido vosotros? — les preguntó el monarca cuando les tenía delante.

Todos guardaron silencio.

Fué preciso repetir la pregunta.

— Señor, — contestó uno de ellos, — mis compañeros dicen lo que yo. V. M. ha citado á los sabios del reino, y nosotros estamos léjos de considerarnos como tales.

— Pues bien, yo, como vuestro mejor amigo, os ruego, y como rey os mando, que os constituys en tribunal para que señaleis á los que son dignos de habitar la gran ciudad que he construido para los cultivadores del saber.

IV

El resultado de los exámenes á que el rey había sujetado á los 40.000 sabios que quisieron penetrar en la ciudad, fué una gran decepcion para el país.

Muchos presentaban las obras que habían escrito. El tribunal las devolvió, despues de examinadas, con dolorosas respuestas para sus autores.

Otros protestaron contra la medida del rey.

—¿Quiénes son — decían — esos señores para juzgar á los que pueden darles lecciones?

Y se retiraban á sus casas.

De los 40.000 que se llamaban sabios, no pudo escogerse uno sólo que mereciera este nombre.

El rey entónces dió á los cinco sabios por él elegidos el encargo de esclarecer ciertos puntos dudosos de las ciencias.

Éstos entraron en discusion, y de ella resultó que todos se hicieron enemigos.

Al poco tiempo, tres de ellos se retiraron á sus hogares.

Los otros dos no pudieron entenderse ni convenir en nada.

Y la ciencia, la filosofia y la historia quedaron con las dudas que tenían y tan incompletas como ántes.

Poco tiempo despues murieron los dos únicos moradores de la hermosa ciudad de los sabios.

Y ésta aún estaría desierta, si pasados algunos años no hubiera muerto el discreto monarca de la India y no ocupara el trono su hijo, persona incapaz y de obtuso entendimiento, que, viendo desierta la ciudad de los sabios, y queriendo reparar el error de su padre, que no supo poblarla, convocó de nuevo á los sabios, los cuales se apresuraron á acudir á su llamamiento y á ocupar la grandiosa ciudad.

Entre la primera vez que los sabios acudieron y la segunda, existe una notable diferencia.

Que en esta segunda llegaron á 100.000.

Desde entónces, la ciencia está lo mismo.

Pero la ciudad está llena.

.....

 En nuestros dias se han hecho en ella grandes ensanches.

DE GENERAL Á SOLDADO

DE GENERAL Á SOLDADO

I

Con un saco de arena sobre el hombro recorría todas las calles de la corte el pobre Antolin, sin que ninguna voz contestase á las suyas, que se hacían oír hasta las bohardillas más apartadas.

— ¡El arenero! — gritaba parándose en todas las esquinas y clavando la vista en las ventanas, con la esperanza de que alguna se abriera y sirviese de marco al busto de alguna fregona...

Pero nada... conocíase que su mercancía no hacía gran falta, y continuaba su camino con paso lento.

Y á fe que ya llevaba tres horas sin que le aliviasen de su pesada carga, y que esto le producía un malestar y desaliento que contribuían á borrar de su rostro las muestras que se dibujaban de esperanza primero, é indiferencia despues...

Llegó la noche, y con ella el frío. Sus músculos comenzaban á languidecer. En todo el santo día no ha-

bía probado alimento alguno, y la carga de arena le había agotado sus fuerzas...

¡Pobre Antolin! ¿Dónde iba á satisfacer sus necesidades?... No tenía padres. Los perdió cuando cumplía cinco años, y la miseria y el abandono hicieron presa en su sér con ánimo de no apartarse de él en toda su vida.

Imploró la caridad de los transeuntes, y éstos le respondían de mala manera:

— ¡Trabaja, qué eres jóven!

U:

— ¡Holgazan! ¿No te da vergüenza quitar el pan á los pobres ancianos?

Una lágrima se estremeció en sus párpados al oír tal insulto, y se cercioró de la inutilidad de su procedimiento.

¡Le mandaban trabajar y ser honrado, como si para ello los hombres tuvieran derecho! ¡Él trabajar! ¿y en qué? Nadie se había ocupado de enseñarle un oficio en su niñez, ni se acordaron de aconsejarle en sus horas de angustia.

Todos le abandonaron, y el pobre niño era bueno, porque había visto mucho malo que le había repugnado y llenado de espanto...

Se introdujo por una callejuela estrecha y excusada, y acomodóse en un rincón con ánimo de dormir.

Colocó el saco de arena debajo de su cabeza, á guisa de almohada; encogióse lo que pudo para librarse de

la menuda lluvia que caía, y masticando las últimas frases de una oracion se quedó dormido.

II

¡Qué feliz era Antolin! Sobre las mangas de su largo capote de militar se veían las insignias de sargento. Trabajo le había costado adquirir los galones dorados con que se adornaba; pero al cabo ya los poseía, y con ellos el respeto de sus inferiores y la consideracion de sus jefes.

¡Era tan honrado y tan valiente! Él, en la guerra pasada, salvó la vida de su coronel, y acometió empresas por demas heroicas y bizarras, y tuvo la satisfaccion de ver que el éxito las coronaba.

III

¡Qué contento estaba Antolin! Es verdad que ya llevaba diez años prestando servicios á su patria; pero ya es un oficial distinguido y apreciado.

Y no se crean ustedes que es un capitán vulgar é ignorante, porque tendré que deciros que se ha pasado muchas noches en vela con los libros delante de sus ojos.

Está tan contento, que solamente viendo su cara se adivina su felicidad.

En la compañía es el más querido, por ser el que menos orgullo tiene.

Cosa extraña.

Siente un verdadero placer al relatar su vida, y siempre está diciendo con el orgullo de la honradez:

— ¡Yo he sido arenero! ¡Yo he sido arenero!

IV

Pasaron algunos años.

Los acontecimientos políticos le han favorecido en su carrera.

Archivada se conserva su hoja de servicios, donde sólo modelos de honra se encuentran.

La subordinación y la obediencia fueron sus ideales cuando la paz sonreía en su amada patria; el arrojo, la valentía y el pundonor eran las palabras que ante su camino veía grabadas con caracteres imperecederos.

Sobre ellas leía Antolin la palabra ¡Lealtad!

Y allá lejos, muy lejos, próxima á perderse en el horizonte, como una nube que el viento de la injusticia va á disipar, leía el honrado oficial..... ¡Recompensa!

Y ésta le salía á buscar al camino de su vida.

V

La gente desocupada y curiosa se agolpa en torno de los soldados que forman en las orillas del paseo más espacioso de la corte.

Es un día de parada, y no hay madrileño que no acuda á distracción tan concurrida y tan barata.

Todas las miradas se fijan en los jefes. Sus briosos caballos, su lujoso atavío y lo rico de sus trajes llaman poderosamente la atención de la concurrencia.

Ved sobre un caballo blanco al Excmo. Sr. Capitan general D. Antolin N..... La felicidad de su alma se traduce en sus miradas.

Todo el pueblo conoce su historia, y le ama como á uno de los héroes de la honradez y del trabajo. Su pecho, lleno de cruces, proclama las acciones de su vida. El respeto y aprecio que le profesan sus inferiores explican su comportamiento, y su historia hace comprender la confianza que en él deposita el Gobierno.

El general Antolin es feliz. El premio de sus acciones le recoge constantemente en sus días. La tranquilidad de su conciencia no hace apagar en sus labios las sonrisas de satisfacción.

El ejército le proclama y el rey le honra públicamente...

VI

El frío de la noche despierta al pobre arenero. A su lado encuentra á dos guardias de orden público que poco despues le conducen á la prevencion por vago-bundo.

Allí supo Antolin que la suerte le había escogido para soldado.

Desde entónces se propone seguir soñando despier-to y observar en la vida la conducta que siguió dormido.

Sufre con resignacion los trabajos del servicio, y espera, fiado en su honradez, ser, no ya general, sino cabo segundo.

Despues irán creciendo sus ambiciones.

¿Llegará á capitan general?

No sé.

Pero dice que, si obtuviese tan elevada categoría, diría á voz en cuello: «Yo he sido arenero.»

EL DOCTOR JACOBO

Ó EL BÁLSAMO DE LA FELICIDAD

EL DOCTOR JACOBO

Ó EL BÁLSAMO DE LA FELICIDAD

I

Si era ó no fundada la aversion que la gente del vecino pueblo tenía al doctor Jacobo, dueño del caseron que se alzaba en medio de la extensa pradera, no podré yo decirlo sin temor de condenarme por faltar al octavo mandamiento.

Esto no es inconveniente para que os afirme que era la persona peor mirada de la comarca, porque, al hacerlo así, estoy seguro de interpretar fielmente las manifestaciones de los sencillos campesinos.

Las puertas de la casa del doctor guardaban, al cerrarse, infinidad de misterios que el vulgo jamás pudo descifrar. Es verdad que, en cambio, añadía de su cosecha propia mil patrañas, que sobrepujaban en lo maravillosas á los sucesos más extraordinarios de que aquel caseron aislado pudiera ser teatro.

Si vosotros le hubiérais visto en las noches de luna

destacarse con sus pardos muros, le creeráis el fantasma de la pradera que dibujaba su contorno en el césped del suelo á los rayos del astro de la noche.

Sus lienzos espesos, rotos caprichosamente por desiguales ventanas, por las cuales la luz incierta de la luna penetraba dividida en cuatro partes por dos enormes barrotes que se cruzaban, os parecerían los muros impenetrables de una fatídica prision.

Si hubiérais observado que constantemente aquella colosal chimenea que sobre el tejado se elevaba, arrojaba al aire gran cantidad de humo espeso y negruzco, que formaba en la atmósfera caprichosas figuras, os imaginaríais que aquellos viejos tejados ocultaban á vuestros ojos un infierno horroroso.

Aquella fatídica mansion sólo inspiraba terror y espanto.

El hombre que la habitaba contribuía tambien, por su parte, á aumentar la repulsion que la casa producía.

Su cabeza calva apénas conservaba algunos cabellos de un color gris muy claro; sus ojos tiraban á pardos; aguileña era su nariz, y sus labios, pálidos y secos, jamás se desplegaban para dibujar una leve sonrisa.

Más bien bajo que alto, su cuerpo estaba inclinado hácia adelante, y dos piernas torcidas le conducían á los diferentes lados del caseron, produciendo, al andar, un ruido profundo y desagradable.

Si á esto se añade que nada de su historia conocían los labriegos, se comprenderá el terror con que era

visto el dueño del caseron que se alzaba aislado en la vasta pradera.

Sin embargo, el alcalde y los principales del lugar, que habfan tenido, aunque ligeramente, algun trato con el doctor, sabían que en la corte habfa gozado de gran fama entre los químicos, distinguiéndose como uno de los más sabios, y que su afan por el estudio turbó algun tanto sus facultades mentales y le hizo perder la salud, por lo que los más afamados médicos, amigos suyos, le habfan aconsejado que abandonase sus quehaceres y se retirase á descansar al campo, dejándose de lecturas y experimentos, y viviendo sólo para gozar de los encantos de la naturaleza.

A éstas se reducían las noticias que el pueblo cercano al aislado caseron tenía respecto de su dueño y habitante.

A éste acompañaba una hermosa jóven, que tendría diez y seis años á lo sumo, y que reunía todos los encantos y perfecciones que pudiera soñar la más caprichosa de las mujeres.

Era Elvira, que éste era el nombre de la hija del doctor, una niña de cabellos dorados, esbelto talle y blanco rostro, en el cual todas las gracias residían. Su carácter apacible era la cualidad distintiva de su alma.

Educada sin el cariño de una madre, que perdió ántes que la razon pudiera comprender su desgracia, Elvira habfa cifrado todo su cariño en el doctor Jaco-

bo, á quien miraba bajo el doble aspecto de padre y sabio.

Cuando el doctor dió señales de perder el juicio, ninguna persona mejor que ella le atendía con más solicitud, aunque á veces fueran recompensados sus cariñosos servicios con notoria injusticia.

Ella se limitaba á procurar que el doctor pasara los dias de su vida de la manera más apacible, y nunca la resignacion se habia separado de ella cuando la mente extraviada de su padre la recriminaba de faltas ilusorias.

Como el carácter del doctor no era el más á propósito para contraer grandes amistades, las gentes del inmediato pueblo que, en los primeros tiempos que tuvieron al doctor por vecino, le visitaban, dejaron paulatinamente de hacerlo, con gran contentamiento del padre de Elvira, poco expansivo, y cuyo carácter taciturno no estaba muy en armonía con la sencillez de los labriegos del pueblo inmediato al gran caseron que habitaba.

II

Quizá porque los campesinos notaron este retraimiento, y porque jamás le vieron asistir á ninguna fiesta religiosa del pueblo, dieron en decir las gentes de la comarca las cosas más estupendas del doctor y de su hija.

No podían concebir que persona alguna dejara de oír misa todos los domingos; y viendo que el doctor Jacobo no cumplía el tercero de los preceptos de la Iglesia, su lengua se desató, y muchos comentarios andaban por los labios de las viejas, quienes desde luego, y como medida preventiva, hacían la señal de la cruz cuando pronunciaban ú oían el nombre del doctor.

Nada se extiende tanto como la murmuracion, y en poco tiempo Elvira y su padre eran el objeto de todas las censuras de la comarca.

Un incidente desagradable vino poco tiempo despues á confirmar la idea que del químnico tenían las buenas gentes de la aldea.

Existía en el pueblo una mujer, más beata que vieja, y eso que ya tenía más de 80 años, que al amanecer de cada dia tenía mil cosas que contar á sus compañeras desocupadas.

Ya llevaba mucho tiempo que narraba escenas terroríficas en las cuales intervenían espíritus y fantasmas, para los cuales y contra sus diabólicos conjuros se veía obligada á usar medios en extremo ridículos y tontos.

Apénas el alba mostraba sus pálidos reflejos, cuando la tia Ramona, que tal era el nombre de la beata, se unió con una vecina suya, tan murmuradora como ella.

Las dos se encaminaban á la iglesia para oír la misa de alba.

— ¡Qué pálida está V., tía Ramona! le decía la tía Quiteria, su acompañante, dando con sus palabras y acción las muestras de la admiración más grande.

— ¿Cómo quiere V., vecina, que no lo esté? respondía. ¡Si no sé cómo vivo!... Pero déjelo, que ya pronto pondré término á tan malos ratos.

— Dígaselo al señor cura.

— ¡Pues ya lo creo que se lo diré, para que rocíe de agua bendita mi casa, desde el zaguan hasta el granero!....

— ¿Y qué le ha pasado, vecina?

— ¡Calle V., por Dios, que no es para contarlo!... Figúrese, que apenas comencé las oraciones que acostumbro á rezar ántes de dormirme, cuando, al volver la cabeza, me encuentro con que mi falda empieza á moverse.

— ¿A moverse?...

— ¡Sí, vecina, á moverse!

— ¿Y sola?

— Sola no, porque debajo de ella estaba un brujo, ¡con una cara más fea!....

Al pronunciar estas palabras, la tía Ramona abrió los ojos desmesuradamente.

— ¿De modo que V. le vió?

— ¡Vaya, que sí le vi!.... ¡como que podría dar señales hasta de sus pelos!

— Y ¿cómo era el brujo, vecina?

La tía Ramona, bajando la voz, contestó:

— Ya sabe V., tía Quiteria, que no soy amiga de murmurar ni hablar mal de nadie; pero, en confianza, la diré á V. que el brujo que vi anoche se parecía á D. Jacobo como los dos bueyes de la yunta de mi hijo.

— ¡Jesus, vecina! — dijo la tía Quiteria, santiguándose; — ¡qué cosas se le figuran á V.!

— Créamelo V., que se lo digo como si fuera en mi última confesión. Pero no he contado á V. lo principal.... ¡Si V. lo supiera, tía Quiteria!....

— ¿Qué es ello, tía Ramona?... Dígamelo, porque, aunque no soy curiosa, tengo ya más gana de saberlo....

— Pues el brujo oculto debajo de mi falda, empezó á correr por mi alcoba. Yo estaba temblando de miedo, y por poco me desmayo, vecina; pero, por fin, me armé de valor y le enseñé la cruz que tengo en la cabecera de la cama, y entónces.... ¿en qué dirá V. que se convirtió el malvado?....

— ¿En aire, vecina?

— ¡Cá, no señora! pásese.... Se convirtió en mi gato.

El hecho fué, que la medrosa vieja, al dejar la falda sobre la silla, no vió que en ella dormía el gato, y que éste, al sentir sobre sí el peso de la falda, se despertó y dió en correr por la alcoba, sin otro objeto que el de librarse del peso que le molestaba.

Las dos viejas siguieron el camino que conduce á la iglesia, sacando las más extravagantes consecuencias de este suceso.

Estas y otras extrañas apariciones, en las que Don Jacobo representaba el papel de espíritu maligno, influyeron en la aldea, donde todo se decía y comentaba, concluyendo por que toda la gente creyera que el doctor tenía tratos con el demonio.

Su hija, la preciosa Elvira, también participó de las groseras calumnias de que era víctima su padre, hasta el punto de que todos huyeran de ella.

En la época en que el químico se visitaba con los principales del pueblo, el alcalde tuvo el atrevimiento de pedir al doctor la mano de su hija, á quien quería casar con un hijo suyo.

— Mi hija — respondió el padre de Elvira — no puede casarse con nadie.

Estas sencillas palabras fueron bastante motivo para que la gente del pueblo asegurase que el doctor había desposado á Elvira con el mismísimo Lucifer, para que éste conservase eternamente sus vidas.

Desde entónces, todo el mundo llamaba á Elvira *la esposa de Satanas*.

III

No era seguramente la época que ménos murmuraban de los habitantes del caseron sombrío, cuando acertó á pasar por aquel pueblo un arrogante jóven, caballero en una yegua pía.

Si la murmuración reconoce grados, en aquel tiempo estaba en el máximo.

Detúvose el jóven viajero en la posada del pueblo, con objeto de descansar aquel día, y tales cosas oyó del posadero y de su mujer, referentes al químico y á su hija, que no pudo ménos de admirarse con los relatos estupendos que los dueños del meson le hacían.

La curiosidad entró en su pecho, y se prometió no seguir adelante hasta que por sí mismo pudiera formar idea de aquellos dos misteriosos séres.

Era Cárlos de una de las principales familias de la corte; sus modales distinguidos delataban al jóven elegante; sus sensatas palabras al hombre de superior inteligencia.

Dirigióse, apénas cerró la noche, al caseron aislado, con gran asombro de los campesinos, que le advertían la exposicion que corría en aquellas inmediaciones.

Toda la noche la pasó dando vueltas alrededor del caseron, sin que viera otra cosa que el humo negro que constantemente salía de la chimenea y que el viento se llevaba formando caprichosas figuras.

Ventanas y puerta permanecieron cerradas, y ningún indicio, exceptuando el humo que de la chimenea salía, observó por el que pudiera comprender que aquella casa estaba habitada.

Esto aumentó su curiosidad. ¿Sería verdad lo que la gente decía?

Aunque Cárlos respondía á esta pregunta negati-

vamente, no dejó de impresionarle el misterio impenetrable que rodeaba al caseron de la pradera. Tres días hacía que intentaba descifrar el enigma, y sus resultados fueron infructuosos.

Al cuarto día, y en ocasión en que estaba sentado junto á la puerta del caseron, sintió el ruido leve que produce una ventana al abrirse.

— ¡Gracias á Dios! — pensó — que puedo conocer á este maldito doctor.

Alzó la vista, creyendo realizar su deseo, y sus ojos se encontraron con el busto de la preciosa Elvira, que, sin reparar en el jóven, miraba al cielo con aire distraído.

La impresion que en Cárlos produjo Elvira es indescriptible.

Extático contemplaba absorto sus cabellos rubios, que caían formando graciosos bucles alrededor de su espalda, y la palidez extremada que cubría su rostro, haciéndole interesante.

Al suspirar Elvira, pudo ver Cárlos sus dientes pequeños y blancos como piñones, y que podrían servir de perlas para un collar.

Cárlos, no pudiendo ocultar los impulsos de su pecho, exclamó:

— ¡Qué hermosa es, Dios mio!

Entónces la niña bajó asustada la vista, y sus miradas se encontraron con las del jóven forastero, que la contemplaba con arrobamiento.

— ¡Ay, Jesus! — gritó Elvira. — ¡Si lo supiera mi padre!....

Y cerró precipitadamente la ventana.

Pero una mirada dice mucho, y ella comprendió la de Cárlos.

Aquella noche no durmió tranquila.

IV

Este fué el principio de la pasión que unió los corazones de Elvira y Cárlos.

Ella encontró medio de burlar la vigilancia de su padre, y, cándida é inocente, abrió su alma llena de luz á su amante, que quedó deslumbrado ante tanta belleza.

En una clara noche en que la luna inundaba de claridad el mundo, y mientras el fatídico caseron arrojaba al prado la sombra de sus muros, y la colosal chimenea al espacio grandes cantidades de humo, que el viento agrandaba, los dos amantes sostenían amorosa plática.

— ¡Qué extraña manía — decía Cárlos — no querer casarte hasta que logre componer el bálsamo de la felicidad, como si esto fuera posible!

— ¡Quién sabe, Cárlos, lo que de mí hará la suerte?

— ¡Pobre niña! ¿qué ha de hacer mientras te sujetes á los caprichos de un loco, porque loco debe de estar

el que, como tu padre, trata de encontrar lo que no existe: la felicidad?

— ¡Ingrato!...

— Sí, Elvira, tu padre está loco. Tú me dices que desde hace mucho tiempo se ocupa en buscar un bálsamo que llene de dicha al mundo; ¿no es esto locura grande? Mientras tú te sujetes á sus caprichos, serás la mujer más desgraciada. Tu juventud se marchitará como flor á quien falta el viento, y al final de tu vida habrás conseguido labrar mi eterna desventura y perder tu lozanía.

— Quizá mi padre desista.....

— ¿Desistir? ¡Pobre niña! Tú dices que, dedicado á las lecturas, tu padre perdió la razón, y quieres que la encuentre buscando ese dichoso bálsamo que sólo sirve para hundir nuestra felicidad en los abismos.....

— Le he rogado en vano, Carlos; pasa los días en el laboratorio, y las noches le sorprenden en él..... ¡Quizá se desengañe!

V

Pero el doctor no cejaba en su empresa, y el cariño de Elvira hacía Carlos aumentaba de día en día. Esperaba impaciente el momento de tenerle ante su presencia.

Suspiraba cuando se retrasaba á sus citas.

Su alma no podía vivir sin oír las frases amorosas de su jóven amante.

VI

Al vivo resplandor de la lumbre que enrojecía un crisol, en cuyo fondo se liquidaban varios metales, el rostro lívido del doctor parecía el de un esqueleto.

Su calva relucía más que sus ojos, y á las oscilaciones de la llama, los huesos de su cráneo parecían salir de la piel que les envolvía.

En los estantes que llenaban la habitación, multitud de frascos y marmitas, llenos de infinitas hierbas y extrañas sustancias, lanzaban un olor fuerte y nauseabundo.

El químico cogía de uno y otro frasco sus contenidos, y practicaba con ellos infinitas operaciones.

Su actividad era extremada.

— ¡Ya me falta poco! — repetía.

De vez en cuando introducía en el enrojecido crisol una varilla de hierro, y agitaba el líquido del fondo.

Lo examinaba detenidamente, y despues exclamaba:

— ¡Aun no está, aun no está; pero ya me falta poco!

Y luégo seguía murmurando entre dientes:

— Hoy va á ser el día feliz de mi vida..... El fruto de tantos años de trabajo voy á obtenerle..... ¡Y me decían que era imposible!.... ¡Qué gloria la mía!.... ¡El

bálsamo de la felicidad!.... Sin duda que será el mejor descubrimiento del mundo, y la humanidad me le debe á mí.... Veamos, veamos.

É inclinaba su cuerpo para contemplar el contenido del crisol.

— ¡Aun no está.... pero ya falta poco!

Dirigióse á un estante, y de uno de los frascos sacó una hierba que arrojó á la lumbre.

Después paseóse por la habitación.

Las llamas tomaron un color siniestro.

El doctor contempló de nuevo el crisol.

Algo debió de ver, cuando sus ojos se dilataron.

Miró otra vez con más insistencia, y un grito de alegría se escapó de sus labios.

— ¡Ya lo conseguí! — exclamó.

Y abandonó el laboratorio, corriendo por toda la casa.

— ¡Elvira! — gritaba — ¡hija mía, abraza á tu padre, que ya es feliz!.... hoy es el día de mi ventura. ¡Elvira! ¡Elvira!

El eco sólo contestó á sus voces....

— ¡Elvira! ¡Elvira! — repetía....

Corrió á su cuarto, y le encontró desierto.

Pero encima de una mesa vió una carta que leyó con avidez.

La carta era de su hija, la cual le participaba que, no queriendo sacrificarse á la locura de su padre, le abandonaba para siempre.

Cuando el doctor concluyó la lectura, se restregó los ojos.

— ¡No puede ser! — decía — ¡no puede ser! He encontrado el bálsamo de la felicidad, y soy feliz. Mi hija no puede haber huido de mi lado.

— ¡Elvira! ¡Elvira! ¡hija mía! — gritaba.

Nadie respondió á sus voces.

— ¡Ah!.... — exclamó el químico, parándose de pronto; — ¡imbécil de mí!.... ¡Es verdad! — ¡Aun me falta una hierba!.... Bueno, bueno; ¡voy á buscarla!....

Y escapó á correr por los pasillos; llegó á la puerta, abrióla, y se dirigió al bosque, donde se perdió en la espesura.

Sus labios murmuraban:

— ¡Ya la encontraré.... y el bálsamo estará hecho mañana!....

VII

Al otro día, decía la tía Ramona:

— Razon tenía yo cuando decía que el doctor tenía algo que ver con el demonio.

Ayer vi á su hija montada en un caballo que corría por la carretera sin tocar con los pies en el suelo, y echando llamas por la boca.

— ¿Sola? — preguntaron.

— No; la acompañaba aquel caballerito, que no era otro que Satanas, que la llevaba al infierno.

— ¡Jesus!

— ¿Y el químico?

— ¿Quién hace esa pregunta? El químico desapareció. En los infiernos darán razón. El juez que ha registrado el caseron sólo ha encontrado objetos endemoniados y sustancias infernales.

Yo hablé con el juez; persona muy sensata, que me contó la historia, añadiendo:

La historia del doctor Jacobo demuestra que sólo á un loco se le ocurre buscar la felicidad, y que el que más cerca cree estar de ella, como aconteció al químico, se encuentra más desgraciado.

Y digo yo: probablemente Elvira haya sido feliz.

En cuanto al doctor, que se internó en el bosque, nada se volvió á saber de él.

¿Habría encontrado la hierba que le faltaba?

¿Habría confeccionado el bálsamo de la felicidad?

¿Qué te parece á tí, lector?

EL CONDE DEL JURAMENTO

EL CONDE DEL JURAMENTO

I

Por la senda que se pierde al pié de la azulada montaña, término del horizonte que desde la torre del señor de Villasombría se divisa, se alejaba, envuelta en densa nube de polvo, la valiente mesnada del dueño del castillo.

A su cabeza marcha el bizarro D. Nuño, señor de Villasombría, que dirige involuntariamente frecuentes miradas á su castillo roquero, que se destaca de entre los árboles del parque que le circundan. En una ventana ojival se quedó su esposa Doña Aldonza, sumida en profundas meditaciones, y el conde recuerda que de los ojos azules de su esposa se desprendían silenciosas lágrimas, al ver alejarse á su mesnada por la tortuosa senda que nace al pié de la fortaleza.

Pero la fe de sus mayores reclama el poder de su espada, y el señor feudal tiene que abandonar sus bos-

ques, poblados de seculares árboles, donde, con el noble ejercicio de la caza, fortaleció su brazo y alentó su alma.

Las medias lunas musulmanas aparecían en el horizonte cristiano, y los defensores de la Cruz tenían que abandonar sus tranquilas fortalezas para combatir á los enemigos de su fe y llevar el pavor á sus esforzados corazones.

El conde D. Nuño abandonaba su majestuosa torre para acrecentar los gloriosos timbres de sus abuelos.

¿Qué extraño es que suspire D. Nuño, al ver disiparse las sombras de su mansion feudal? ¿Por qué no se ha de entristecer su ánimo viendo borrarse las líneas de su palacio?

Ya no besará, enamorado, los rubios cabellos de Doña Aldonza; ya no podrá recoger los vehementes suspiros que se escapaban de sus labios; ya no podrá oír al triste bardo, que por los castillos mora, las poéticas tradiciones que le narraba en las largas veladas del invierno, cuando la llama del hogar llena la estancia de misteriosas sombras, acompañado por los lamentos de la leña que se queja y llena de chispas el majestuoso salon, y de los cantos tristes de las cornejas que en las cornisas de la torre claman contra la intemperie.....

Aún en los oídos del conde suenan las palabras que su esposa le dirigió, mientras en su frente depositaba un beso tranquilo y puro:

— Lucha, Nuño, contra los infieles; que, cuando toques de la victoria con el laurel en la frente, tu esposa te recibirá en sus brazos, y con sus caricias hará olvidarte el tiempo que estuviste ausente de ella.

II

Mucho tiempo hacía, que el valeroso señor de Villasombría abandonó sus lugares para combatir á los hijos de Mahoma, y D. Nuño aún no había tornado á su castillo roquero.

Doña Aldonza lloraba recordando sus días felices, y por la noche, cuando la pálida luz de la luna proyectaba la gigantesca sombra de la torre sobre el parque y hacía del castillo un fantasma de tinieblas que se alzaba en la pradera, la esposa de D. Nuño, en las altas almenas, buscaba con los ojos el término de la senda por donde su señor se marchara, y, fijos en ella, soñaba que volvería pronto á su lado.

¿Qué fué de D. Nuño? ¿Qué de su mesnada?

Ninguna noticia se tenía de ellos.

A los cantos de los trovadores, sustituyeron los fatídicos del agorero buho; á las alegres cacerías, la tranquilidad de los bosques; á las plácidas sonrisas de la felicidad, las lágrimas del desconsuelo.

Tan sólo un errante bardo, con sus melenas rubias y su arpa sobre el hombro, apareció en el horizonte

de detras de las lejanas montañas, y cantó con voz triste y lastimera, ante una ventana del castillo, un romance que concluía así:

Llorad, llorad, tierna esposa,
Llorad, llorad, tristes pueblos;
El conde marchó á la guerra,
Y el conde D. Nuño ha muerto.
Escuchad de la corneja
El cántico lastimero.
Oid cómo en las ojivas
Llora por la noche el viento!....

III

Los que de la valiente mesnada del señor de Villasombría salieron con vida en la primera batalla, fueron hechos cautivos por los hijos del desierto, y entre éstos se encontraban D. Nuño y su leal escudero Lope, que jamás de su señor se separó un instante.

Sumidos en las profundidades de un calabozo se hallaban D. Nuño y su escudero, departiendo tristemente acerca de su situacion y de su infausta suerte.

D. Nuño, con lágrimas en los ojos, recordaba á su constante servidor las juveniles hazañas de que fué testigo, y su pasada ventura.

Vanos eran los consejos de Lope para calmar el

quebranto de su señor; los suspiros no se apartaban de sus labios, ni de su mente los apacibles recuerdos de su vida.

A veces, D. Nuño exclamaba, cuando el desaliento y la desesperacion se apoderaban de su alma:

— ¡ Si, por lo ménos, estos perros nos quitasen la vida!....

IV

La pesada puerta de su prision mostró por fin un día, al abrirse, la claridad de la aurora, y un moro apareció en el calabozo.

— Hijos de Marfa, — les dijo; — vuestra suerte es infausta y negro vuestro porvenir.

— ¿ Qué quieres de nosotros? — preguntó con altanería D. Nuño.

— Vengo de parte de mi poderoso señor á daros una noticia, que creo aceptaréis con júbilo, pues se trata de vuestra salvacion.

— ¿ De nuestra salvacion? — preguntó el conde.

Y en sus ojos, humedecidos por el llanto, apareció la alegría al recordar á su esposa y á su castillo roquero.

— Habla, musulman, habla, — continuó, — y no te entretengas en atormentar mi alma con lisonjeras promesas, que harán mas triste mi vida si no se cumplen.

— El ejército cristiano — repuso el moro — se prepara para una fuerte batalla, en la que nuestras armas peligran; de no aceptar vosotros las proposiciones de mi señor, ántes de que los vientos nos traigan los ayes de nuestra derrota, estaréis colgados de las almenas de esta torre. Tú, conde D. Nuño, te quedarás encerrado hasta que tu escudero, á quien daremos libertad, regrese dándonos noticias del estado del ejército enemigo. Si, pasadas tres lunas, tu escudero no hubiese vuelto, serás ahorcado. Si torna, y sus noticias son ciertas, los dos seréis libres. Pensadlo bien.... Dentro de unas horas volveré á saber vuestra resolución.

El moro se alejó, y la puerta se cerró tras él.

Al valeroso Lope le repugnaba hacer traición á su fe; pero la vida de su señor, que peligraba, le hacía vacilar.

Largo tiempo estuvo batallando entre su lealtad para con el conde y su lealtad para con su religión y su pueblo.

El conde le decía:

— Querido Lope, mi padre me encomendó á tus brazos cuando yo era muy niño. Siempre fuiste mi mejor consejero y mi fiel amigo; recuerda las penas que mi amada Aldonza pasará con mi ausencia, y considera el llanto que verterán sus ojos el día que le anuncien mi muerte....

Y luégo, de improviso, como si escuchara una voz que le saliera del fondo de su alma, exclamaba:

— ¡Pero no, Lope, no! mi padre me legó un escudo sin mancha, y sin mancha saldrá de las manos de su hijo. Estalle mi corazón en pedazos, muérase de pesar Aldonza, la dulce esposa mía, pero que jamás se diga que el señor de Villasombría faltó á su fe; que nadie pueda contar que hice traición al pueblo de mis mayores....

V

Cuando el infiel abrió de nuevo la puerta del calabozo, D. Nuño, dirigiéndose á él, le gritó con terrible voz:

— ¡Perro moro! ¡Marcha, márchate de nuestra presencia, que los caballeros cristianos no salvan jamás su vida á costa de la traición!....

— Moro, — repuso tranquilamente Lope; — estoy dispuesto á salir de esta prisión y á cumplir lo que me mandas. Vé á tu señor y repíttele lo que te he dicho.

— ¡Lope! — rugió el conde dirigiéndose á su escudero, lleno de ira; — ¡Lope! ¿qué vas á hacer, miserable?....

— ¡Señor, salvaros!

Poco después el conde sentía que Lope se alejaba, y exclamó con colérico acento:

— ¡Miserable, miserable!....

Y cayó desplomado contra el suelo.

VI

Lope juró por la fe de María volver ántes de que pasaran tres lunas.

Una noche en que la ciudad dormía y en que la luna bañaba los muros de la prision de D. Nuño, Lope, al frente de los servidores de su señor, asaltó la fortaleza y se apoderó del pueblo.

Los moros, sorprendidos, no pudieron defenderse y se entregaron á los soldados de Lope.

Ya puesto en libertad el conde, hizo su escudero comparecer ante él á los cautivos infieles, y les dijo con frialdad estas palabras:

— Os pongo en libertad para que digais á los vuestros cómo los cristianos cumplen sus juramentos. Prometí presentarme ante vosotros, y ya os he enterado del poder de vuestros enemigos.

VII

Cuando el rey de Castilla tuvo conocimiento de este hecho valeroso, dió cartas de nobleza á Lope y le hizo señor de la villa que tomó á los musulmanes.

D. Nuño se despidió de él abrazándole con efusion.

— Lope, — le decía; — á tí te debo todo; mi felicidad y mi vida son tuyas.

— Señor, — le contestó respetuosamente su ex-escudero, — sólo he cumplido con mi deber.

Poco despues, el monarca le otorgó el título de *Conde del Juramento*.

HISTORIA DE LAS GOTAS DE ROCÍO

HISTORIA DE LAS GOTAS DE ROCÍO

I

Dejad á la pobre florecilla que lllore su vejez de un día y que su tallo se doble al impulso del viento que tantas veces le acarició galante para robar el fragante aliento de su pintada corola.

Dejadla que se queje y que gima.

— ¡Ay de mí, pobre florecilla, — dice, — á quien la vida abandona y el frío de la muerte hielal Ayer nací, cuando la luz bañaba al mundo y las armonías se despertaban con la aurora..... Ayer me levanté orgullosa entre todas las flores de la pradera, y el aura, llena de sonidos y de historias, se paseaba por mis pétalos y de ellos libaba mi aroma; hoy.... ¡qué distinto panorama tengo ante mis ojos! El viento, que, ántes galante, me besaba, hoy, al pasar á mi lado, huye rápido de mis hojas y dobla mi tallo próximo á romperse; ¡mi tallo, que era mi orgullo y la envidia de mis compañeras!

Los pájaros, saltando y volando al lado de la flor,

se contaban sus aventuras; el arroyo seguía charlando entre su cauce de musgo, y ninguno se dolía de los lamentos de la florecilla.

— Mañana, ¿qué será de mí? Cuando la aurora nazca, ya no convertirá mis lágrimas en gotas de rocío. ¡Pobre de mí! El primer rayo del sol será el puñal dorado que me dará la muerte....

II

La noche trajo en sus sombras la guadaña que había de segar la florecilla, y en sus sombras envolvió sus lágrimas.

El aura del día cuenta historias alegres y cuentos de hadas. El viento de la noche dice tragedias tristes y llenas de horror.....

III

Tal era el desconuelo de la flor que veía á sus piés la muerte, que un ángel, desde el cielo, lloró viendo tanta desventura.

Y sus lágrimas atravesaron el espacio y llegaron á la tierra, posándose en la corola de la flor.

Y la aurora, al otro día, convirtió las lágrimas del

ángel en gotas de rocío, y la flor empezó á embellecerse de nuevo y á ser el encanto del bosque.

Desde entónces, se sabe la causa de que los prados estén esmaltados de flores toda la primavera.....

Es porque, al morir, lloran por ellas desde el cielo, los ángeles sus hermanos, transparentes lágrimas que se convierten en gotas de rocío.

LAS LÁGRIMAS DE LA AUSENCIA

—
(BALADA)

LAS LÁGRIMAS DE LA AUSENCIA

(BALADA)

I

El pobre pajecillo lloraba contando su historia, que es la siguiente:

«Cuando me ausenté de mi pueblo, me decían las campanas de la iglesia:

— Vete, niño, tranquilo, porque tuyo es el corazón de tu amada. Alégrate de que llore, porque sus lágrimas son hijas del dolor que embarga su pecho. ¡No temas que sea infiel!... ¡Vete tranquilo, hijo de las montañas, que en las casitas blancas de la aldea siempre habrá un recuerdo para tu nombre!...

II

Cuando, pasado mucho tiempo, volvía á mi patria, y divisaba desde lo alto de una colina el pequeño campanario, no estaba el cielo tan azul como el día de mi ausencia, ni el sol doraba el espacio.....

Llegué al puente de madera que hay sobre cuatro gotas de agua, no lejos de mi hogar, y desde allí oía la voz de la campana de la iglesia, que me decía:

— ¡Pobre joven!.... ¡No pienses encontrar la dicha que soñaste! Vuelve sobre tus pasos, y busca alivio y consuelo en otros lugares más apacibles. Aquella joven en quien cifraste tu ventura, te ha sido fiel hasta su postrer instante. ¡Llora..... llora, que el eco de nuestro fúnebre sonido irá por la noche á rezar sobre una tumba, donde murmuraremos un nombre que mañana un picapedrero grabará en una losa!

Al escuchar las tristes frases de la campana de mi aldea, caí sin sentido junto á una tosca cruz de piedra que había á la entrada del pueblecito.

Y en mi delirio vi á un ángel de sonrosadas alas que posó sus labios sobre mi ardorosa frente.

— ¿Qué quieres? — me dijo — de mi sobrenatural poder?

— ¡Ay, ángel mio! — le contesté; — haz mi felicidad

eterna. Conviérteme en flor y llévame á la tumba de mi amada.....

En seguida fué cumplido mi deseo.

Mis pequeñas raicillas iban á besar su rostro, y entonces entablábamos dulces pláticas de amor.

De noche venía mi ángel protector, y, de un cáliz de oro, derramaba sobre mi funeraria corola gotas límpidas, que ejercían sobre mí un influjo consolador.

— ¡Ay, ángel mio! — le dije una noche; — ¿de dónde sacaste ese agua que tanto bien me presta?

— Son — contestóme — las lágrimas que ella y tú derramásteis durante vuestra ausencia.

— ¿Y cuánto tiempo viviré al lado de mi dulce amiga?

— Tanto como duren las lágrimas.

— ¡Oh ángel mio, gracias por tus palabras! Mi vida será eterna junto á mi amada, porque eternas fueron las lágrimas que derramé. Ahora, cuando el aura murmure por la noche el nombre de mi amor, mi corola, columpiándose en su tallo, le repetirá besando la losa donde está escrito su nombre!....

III

Por eso, cuando desperté de mi delirio, comencé á llorar lágrimas de amargura.

Porque sé que el ángel mio recoge mi llanto en un cáliz de oro.

Y porque espero llorar tanto y tanto que, cuando convertido en flor, viva al lado de mi amada, pienso no separarme de ella nunca.»

Ésta es la triste historia del pajecillo.

AVENTURAS DE UN BOHEMIO

AVENTURAS DE UN BOHEMIO

I

Si oyérais lamentos á vuestro lado y quejas de la perfidia y maldad de los usureros, contad á las víctimas de su rapacidad esta historia:

Eduardo es un jóven de elegante aspecto y simpática presencia.

Todo su barrio le conoce.

— Adios, D. Eduardo — le dice el sastre.

— Buenos dias — el zapatero.

— Que se mantenga V. bueno — le repite á cada paso su casero.

— ¿Está V. bien, D. Eduardo? — le pregunta el dueño de una tienda de comestibles.

Y, sin embargo, el jóven debe á todos; al tendero, al dueño de la casa, al fabricante de botas y al sastre.

Estos acreedores se han convencido de que todas las clases de amenazas no bastan para que Eduardo les pague las cuentas. No le llevan á los tribunales porque Eduardo no tiene nada que perder, y ellos, en cambio, bien pudieran dejar algunos duros entre las manos de la justicia.

II

Eduardo, un día, reunió á todos los *ingleses* en la casa que habitaba sin pagar.

El dueño de ella fué el primero que tomó la palabra en aquella *respectable* asamblea.

— Señores: — dijo — yo, por mi parte, declaro que ya estoy cansado de esperar á que D. Eduardo satisfaga sus deudas. Ya no tengo ni la esperanza de cobrar de él un cuarto.

— Lo mismo digo — gritó el tendero.

— Digo lo propio — aulló el sastre.

— Soy del parecer de VV. — añadió el zapatero.

Todos, en fin, decidieron no aguantar más tiempo la insolencia ó la pobreza del jóven bohemio.

Pero éste no se inmutó ante tan fatal resolución. Dirigió á sus *verdugos* una triste mirada, y pausadamente abrió el cajon de su mesa de despacho.

— Ya aseguré yo que nos pagaría, — pensó el casero,

creyendo al deudor universal dispuesto á cumplir de una vez sus compromisos.

Pero Eduardo sacó del cajon un revolver.

— ¡Asesino!... — gritó el tendero.

Todos retrocedieron espantados.

— No, señores; no puedo continuar por más tiempo sufriendo las miserias de la vida. Vosotros teneis razon. Me pedís unos miserables puñados de dinero que debo á VV., y no puedo ménos de portarme como hombre honrado y decente.

Montó el gatillo del revolver, y el ruido que esta operacion produjo fué el único que se percibió en la habitación, pues el pavor había enmudecido á todos.

Pasaron cinco minutos fatales.

Eduardo, sin embargo, no disparaba.....

— Señores, señores, — dijo el zapatero, pálido como la muerte — esto tiene fácil arreglo..... ¡No es para tanto!... Esto puede arreglarse.

— Sí que se puede arreglar.

— Creo lo mismo.

— ¿Quién lo duda?

— No, señores, yo no puedo vivir ni un momento más.

— Yo, por mi parte, aguardaré muchos momentos.

— Yo tambien — añadió el dueño de la tienda de comestibles.

— Por mí, no se dé V. prisa — repuso el sastre.

— Yo puedo esperar — dijo el zapatero.

— ¡Oh! gracias, señores míos; VV. son muy buenos, pero hoy no me he desayunado, y no tengo un real para comer mañana. Esta vida de sufrimiento no puede continuar.

— ¡Pobrecillo! — murmuraron los acreedores.

Aquellos buenos hombres cayeron en las redes tendidas por Eduardo, y no sólo se resignaron á esperar más tiempo, sino que acordaron pasarle cada uno una peseta diaria para su sostenimiento, con la condicion que el día que Eduardo pudiera, porque era un muchacho que prometía mucho, había de reintegrarles las deudas pasadas y las que nuevamente contraía, añadiendo un pequeño interes.

III

Eduardo cayó enfermo.

El sastre dijo al zapatero :

— ¡Que se nos muere Eduardo! ¡Que vamos á perder todo lo que nos debè!

Y su cara hubiera podido servir de imágen de la angustia.

— Es menester cuidarle — repuso el fabricante de botas.

Todos los acreedores reunidos decidieron llamar á dos médicos y comprar todas las medicinas que ellos recetaran.

— ¡Ay, señor! si se nos muriera, perderíamos todo.

— ¡Lo perderíamos!

— ¡Es preciso que no se muera!

— Sí, señor, vivirá.

Eduardo, durante su enfermedad, estuvo cuidado con esmero, y nada le hizo falta, excepto la salud.

Restablecido ya completamente de su dolencia, convocó en su casa, de nuevo, á todos sus acreedores.

Éstos temieron alguna fatal decision por parte de Eduardo.

El jóven les dijo :

— Vosotros deseais que os pague lo que os debo, y yo tengo un gran placer viendo cercano el día en que

habeis de recibir la recompensa de lo que por mí hicisteis.

Todos se llenaron de júbilo y contento.

—¿Queréis que os pague?—continuó Eduardo;—pues en vosotros consiste. Dentro de poco habrá elecciones para diputados á Córtes; pues bien, yo, ignorado y desconocido para todos, ménos para mis acreedores, me presento candidato por Madrid. Votadme: es seguro mi triunfo, y entónces todos seréis pagados como Dios manda.

—Es la única manera de cobrar que tenemos, y es menester darle nuestros sufragios, — se dijeron los acreedores.

IV

Eduardo debía tener muchos *ingleses*, porque, aunque el Gobierno le hizo una oposicion ruda, triunfó por Madrid.

El jóven diputado se sentó en la Cámara popular y pronunció en ella muchos discursos.

Pero aún no ha pagado á sus *electores*.

Cuando alguno de ellos le habla, suele obtener esta respuesta:

— Dentro de poco pienso ser ministro, y entónces....

V

Hoy, los acreedores de Eduardo se dividen en dos clases: unos, que esperan cobrar cuando el deudor sea ministro; y otros, que desean que Eduardo no llegue á ser consejero responsable, por temor á que proponga una ley mandándoles ahorcar.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.	7
La mariposa blanca.	13
Las tres fortunas.	23
La locura de los cuerdos.	35
La acacia de los amantes.	49
El genio y el mundo.	61
La gruta de la verdad.	71
El avaro Don Dímas.	89
Los dos extremos.	97
Un traje decente.	109
El drama del subterráneo.	117
La ciudad de los sabios.	133
De' general á soldado.	145
El doctor Jacobo.	153
El conde del Juramento	171
Historia de las gotas de rocío.	183
Las lágrimas de la ausencia.	189
Aventuras de un bohemio.	195
